

DE
LA PROVIDENCIA
EN LAS
CALAMIDADES PÚBLICAS

POR
SAN ALFONSO DE LIGORIO

SEGUIDO DEL TRATADO
DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS
DEL MISMO SANTO AUTOR

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

MADRID
LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO
Calle de la Paz, núm. 6.
1800

CUATRO PALABRAS DEL TRADUCTOR ESPAÑOL

En este siglo, más que en ningún otro, parece deben leerse con el mayor interés los *Avisos de la Providencia en las calamidades públicas*; pues pudiera decirse que el Cielo ha reservado para la presente generación el más terrible de los castigos. La guerra exterminadora, hermana del hambre y que lleva en su seno todos los males, ha desolado repetidamente vastas comarcas; la tierra ha temblado so nuestros pies y ha devorado pueblos enteros; una enfermedad tan cruel como incomprensible, vomitada del centro del Asia, ha recorrido todo

el globo, llevando consigo el estrago y la muerte; ríos salidos de madre, inundaciones, incendios han contribuído al cuadro general de la desolación: el hombre se ha mancomunado con la Naturaleza para destruir, y el espíritu de vértigo que ha sembrado en el seno de las sociedades y de las familias una discordia, al parecer eterna, es un triste prenuncio de nuevos trastornos y calamidades. Guerras fratrioidas, atentados horrorosos, crímenes que hacen estremecer la Naturaleza, todo manifiesta que el mundo, siempre enfermo, ha llegado ya á una especie de crisis moral; y el castigo de los castigos, la última calamidad, es la que amenaza á la afligida tierra. Parece que Dios, cansado ya de tanta iniquidad, ha abandonado, hasta cierto punto, á los hombres á su réprobo sentido, y ha permitido que el error, la duda, la indiferencia y la im-

piedad inundasen como un nuevo diluvio las naciones ingratas, y sepultasen en un letargo de muerte la mayor parte de la humanidad. ¡Gran Dios, qué será de la tierra si tras ese torrente de crimen no derramáis desde vuestro trono otro torrente de expiación y de misericordia!

En nuestros tiempos de desgracia es, pues, cuando urge escuchar los avisos saludables que nos da Dios en los castigos que nos envía. Preciso es buscar en su clemencia inagotable un refugio, un asilo, una esperanza. Uno de los santos á quienes nuestro siglo venera sobre los altares, y que conocía bien sus dolencias, escribió estos avisos de salud. Inspirado por el espíritu del Señor, que guiaba su pluma, parece un sincero intérprete de su voluntad, colocado como otro Crisóstomo en medio de los desórdenes de Constantinopla; muéstrase co-

mo un mediador entre la tierra culpable y el Cielo, justamente indignado por nuestros delitos. Su voz es la misma voz de Dios anunciada al mundo por medio de los profetas, evangelistas y santos que cita á cada momento. Nada más sencillamente enérgico, pero nada más dulce é insinuante. San Ligorio es el Francisco de Sales de nuestra época. Suave y blando como el santo obispo de Ginebra, habla al corazón de una manera irresistible: su lenguaje tiene la fuerza de la unción y de la santidad. Su principal objeto se reduce á probar y hacer que el alma se penetre de la triste verdad de que la causa de todas nuestras desgracias y calamidades es el pecado; y con una celeste dulzura invita á los hombres corrompidos ó extraviados á que arrojen este monstruo de su corazón. A pesar de las nubes opacas con que se presenta

el Cielo airado á nuestros ojos, hace oír aquellas palabras de consuelo y de vida que el profeta hacía resonar sobre la fulminada Nínive... Y Nínive se arrepintió y fué salva... ¡ Ah, ojalá la voz de ese nuevo Noé pueda detener el diluvio de males que amenaza sumergirnos! Dios está indignado, su espada levántada, ¡ y la voz del Justo desde los cielos todavía anuncia salud! Puedan nuestros cortos esfuerzos extenderla algún tanto como un débil eco sobre nuestra patria, que, en medio del afligido mundo, necesita aún de la Providencia una misericordia especial!... Tales son nuestros deseos.



DE LAS CALAMIDADES PÚBLICAS

CAPÍTULO I

DIOS NOS AMENAZA CASTIGARNOS PARA SUBSTRAERNOS DEL CASTIGO

Heu! Consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis.

¡Ay! Me consolaré en la pérdida de aquellos que combaten, y quedaré vengado de mis enemigos.

Is., I, 24.

Así se explica Dios cuando habla de castigos y de venganzas; dice que su justicia le obliga á vindicarse de sus enemigos. Mas observadlo atentamente y repararéis que, aun amenazándonos, parece dar muestras de su dolor en verse forzado á castigar cria-

turas que El ha amado hasta rescatarlas al precio de su vida. Este Dios, que es el Padre de las misericordias y que tanto nos ama, lejos de complacerse en atormentarnos, está, muy al contrario, mucho más dispuesto á perdonarnos y á consolarnos. (*Jerem.*, XXIX, 11.)

. Si así es, se dirá, ¿por qué nos castiga Dios? O, á lo menos, ¿por qué parece que quiere castigarnos? ¿Por qué, decís? No por otra razón, sino porque quiere usar de misericordia con nosotros. Su cólera actual no es sino paciencia y misericordia. Si el Señor se muestra irritado, no es para castigarnos, sino para que renunciemos al pecado y pueda El entonces perdonarnos: *Dios amenaza castigarnos para substraernos del castigo.*

Las amenazas de los hombres son ordinariamente el efecto del orgullo y de la impotencia; así es que, cuando pueden vengarse, se guardan muy bien de amenazar por temor de que, advertidos sus enemigos, no eviten los males que les preparan. No amenazan sino

cuando se ven en la impotencia de vengarse, y de este modo satisfacer en parte su pasión por el temor que inspiran á sus enemigos.

Muy diferentes son las amenazas de Dios. No nos amenaza ciertamente porque se halle en la impotencia de castigarnos, pues puede todo lo que quiere, sino que tiene paciencia para que nos arrepintamos y evitemos el castigo. (*Sap.*, XI, 11.) No nos amenaza por odio que nos tenga, ni para que nos alormente el temor. Dios amenaza por amor, á fin de que nos convirtamos y escapemos del castigo; amenaza porque no nos quiere perdidos; en una palabra, porque ama nuestras almas. (*II Pet.*, III, 9.) Dios amenaza, verdad es; pero, sin embargo, espera, suspende el castigo, porque no quiere que nos condenemos, pero sí que nos corriamos. (*Sap.*, XI, 27.) Las amenazas del Señor, pues, no son sino efecto de la bondad y de la ternura; hácenos percibir la voz de su amor para librarnos de las penas que hemos merecido.

Cuarenta días pasarán aún, exclamó Jonás, y Nínive será destruída. (*Jon.*, v, 4.) ¡Desventurada Nínive! Llegó ya el tiempo de tu castigo, yo te lo anuncio de parte del Señor. Sepas que, dentro de cuarenta días, tu ciudad quedará abismada y no existirá ya más en el mundo.

Nínive hizo penitencia, y no fué castigada. (*Joan.*, III, 10.) Jonás, temiendo pasar por falso profeta, se afligió y se lamentó de ello al Señor, diciéndole: «Yo había huído á Tarsis, porque sé que sois misericordioso; que amenazáis y que después no castigáis». (*Joan.*, iv, 2.) Entonces el profeta partió de Nínive, y, retirándose al campo, se puso debajo de una yedra, para estar al abrigo de los rayos abrasadores del sol. ¿Qué hizo entonces el Señor? Hizo secar la yedra, y Jonás se afligió por esto tan profundamente, que deseaba la muerte. Entonces le dijo el Señor (*Joan.*, iv, 10): «Tú te lamentas porque no puedes gozar de la sombra de un arbolillo que tú no has criado, y no quieres que perdone á los hombres que

he criado y han salido de mis manos».

La desgracia que el Señor hacía anunciar á Nínive no era, según San Basilio, una profecía, sino una simple amenaza, por cuyo medio quería convertir aquella ciudad. Dios se manifiesta con frecuencia irritado, porque quiere ser misericordioso con nosotros; nos amenaza, no para castigarnos, sino para hacernos evitar el castigo.

Cuando alguno nos clama *¡guardaos!*, añade San Agustín, no tiene intención de dañarnos. Así es precisamente como Dios se porta con nosotros. El amenaza, dice San Jerónimo, no para infligirnos la pena, sino para librarnos de ella si el aviso basta para corregirnos.

¡Oh Dios mío! Cuanto más dispuesto estáis á salvarnos, entonces es cuando parece que os enconáis contra nosotros; mas vuestras amenazas no tienen otro objeto que hacernos arrepentir de nuestros pecados. Podría el Señor castigarnos de improviso, haciéndonos morir súbitamente, sin concedernos el tiempo de hacer penitencia; pero nos muestra

anticipadamente su enojo, para que nos arrepintamos y evitemos el castigo.

El Señor decía á Jeremías (*Jerem.*, XXVI, 3): «Vete y di á los pecadores, si es que quieren escucharte; vete á decirles que, si abandonan el pecado, no les enviaré los castigos con que tenía intención de castigarlos». Lo mismo os anuncia el Señor: si os corregís, revocará el decreto que contra vosotros tiene preparado. Observa San Jerónimo que Dios no aborrece el hombre, sino su pecado; y añade San Crisóstomo que Dios llega hasta olvidar nuestros pecados, cuando nosotros nos acordamos de ellos; es decir, que cuando, después de habernos humillado, nos corregimos y le pedimos perdón, nos lo concede según su promesa. (*II Par.*, XII, 7.)

Mas, para corregirnos, es menester que temamos el castigo; pues sin esto no mudaremos de vida. Verdad es que Dios protege al que espera en su misericordia (*Ps.*, XVII, 51); mas esta esperanza no debe ser destituida de temor; porque la esperanza que no va

acompañada de temor degenera en presunción y en temeridad. (*Ps.*, CXIII, 19.) Hállase muy á menudo en la Escritura que el Señor habla de la severidad de los juicios, del Infierno y del gran número de desgraciados que se precipitan en él. (*Luc.*, XII, 4; *Mat.*, VII, 13.) Y ¿por qué? Porque quiere que el temor nos arranque á los vicios, á las pasiones y á las ocasiones peligrosas, y que podamos por este medio esperar la salud. Un piadoso temor de Dios santifica al hombre; así David pedía al Señor la gracia de temer, á fin de que el temor destruyese en él las afecciones de la carne. (*Ps.*, CXVIII, 120.) Debemos temer, pues, con motivo de nuestras faltas; mas este temor, en vez de abatirnos, debe excitarnos á la confianza en la misericordia de Dios.

David decía al Señor: «Perdonadme, porque mi pecado es grande». (*Ps.*, XXIV, 11.) David hablaba así porque sabía que la misericordia de Dios brilla con más resplandor allí donde es mayor la miseria, y que el esperar en esta mi-

sericordia le honra más cuanto más gravemente se ha pecado. Esta esperanza se funda en la palabra de Dios, que ha prometido salvar al que espera en El. (*Ps.*, XXXVI, 42.)

El temor de Dios nada tiene de penoso; al contrario, inunda de alegría el fondo de los corazones. (*Eccl.*, I, 21), porque el temor mismo conduce á esperar firmemente en Dios, y el alma halla en ello su felicidad. (*Eccl.*, XXXIV, 16-17.) Sí, lo repito, su felicidad; porque este temor conserva al hombre lejos del pecado (*Eccl.*, I, 27), y excita en nuestros corazones un grande deseo de observar la ley del Señor. (*Ps.*, CXI, 1.)

Es menester, pues, persuadirse que Dios no se complace jamás en castigar. Es por esencia la bondad infinita, dice San León: no desea otra cosa que colmarnos de beneficios y hacernos dichosos. Cuando castiga, se ve forzado á ello; su justicia es quien lo exige. El castigo disgusta al corazón de Dios. (*Is.*, XXVIII, 21.) Algunas veces parece que quiere castigarnos (*Jerem.*, XVIII, 11); mas ¿á

qué fin? Porque quiere vernos corregidos y librados de las penas que hemos merecido.

El Señor se llama el Padre de las misericordias y no el Padre de las venganzas; su naturaleza le lleva á ejercitar la compasión, mas nosotros le obligamos á emplear la severidad. ¿Quién puede comprender cuán grande es la misericordia de Dios? Asegúranos David que Dios, aun cuando está irritado, compadece nuestros males. (*Ps.*, *LXIX.*)

Su cólera misma está llena de bondad; enciéndese para socorrernos y amenaza para perdonarnos. Manifiéstase Dios armado de instrumentos de castigo, y no lo hace por otra cosa sino para vernos arrepentidos de las ofensas que cometemos. Dios tiene en su mano un arco tirante, á punto de arrojar la flecha; mas no dispara, porque desea que baste el terror para corregirnos, y que así evitemos el castigo. «Yo quiero espantarles, dice el Señor, á fin de que el terror los mueva á salir del fango del pecado y á volver á Mí.» (*Os.*, *VI*, *1.*) Sí;

el Señor está impaciente por perdonarnos; nos ama y nos quiere, á pesar de nuestras faltas y de nuestra ingratitud.

David decía á Dios: *Socorredme en mis tribulaciones*; así es cómo debemos rogar también nosotros. Señor, haced que la calamidad que actualmente nos aflige nos abra los ojos, para que abandonemos el pecado; pues, si no lo dejamos, el pecado nos arrastrará á un castigo sin fin, á una eterna condenación.

¿Qué hacéis, pues? ¿No veis que Dios está irritado contra vosotros, y fatigado de aguardar? ¿No veis que los castigos van aumentando cada día? Observa San Crisóstomo que con razón van en aumento los castigos cuando se multiplican las prevaricaciones.

Dios está irritado; mas, no obstante su cólera, me manda, como hizo al profeta Zacarías, deciros de su parte (*Zachariæ*, 1, 2): «Pecadores, vosotros me habéis abandonado y me habéis obligado á que retirase de vosotros mi gracia; no me forcéis, pues, á que os eche re-

pentinamente de mi presencia, á que os castigue por el Infierno, en donde no hay más remedio ni perdón que esperar. Poned un término á vuestras prevaricaciones; alejaos para siempre del pecado; convertíos: Yo prometo perdonaros todos los pecados que habéis cometido, y recibiros en mis brazos como á mis hijos. Decidme, pues: ¿por qué queréis perderos? Ved con qué bondad os habla el Señor. (*Exech.*, XVIII, 34.) ¿Cómo queréis vosotros mismos arrojaros en el abismo del fuego eterno? Volved á Mí: Yo os espero con los brazos abiertos para acogeros y perdonaros.

No lo dudéis, ¡oh pecadores!, añade el Señor: aun cuando vuestros pecados fuesen abominables, tornaríais blancos como la nieve. (*Is.*, I, 18.) Animo, pues: mudad de vida y venid á Mí; Dios es quien os habla, quien os llama: si Yo no os perdonase, añade, acusadme de infidelidad y de impostura. Mas no: Yo no faltaré jamás á mi palabra; vuestras conciencias embrutecidas quedarán por

mi gracia tan blancas como la nieve. No, hijos míos: si os corregís, no os castigaré, porque Yo soy Dios y no un hombre». (*Os.*, XI, 9.)

Por estas últimas palabras quiere el Señor darnos á conocer que los hombres no olvidan jamás una injuria; pero que El olvida todas las ofensas que ha recibido del pecador cuando le ve arrepentido. (*Ezech.*, XVIII, 22.) Volvamos, pues, muy prontamente al Señor; pero sea muy prontamente, porque bastante le hemos ofendido, y no aumentemos más su indignación. Vedle cómo nos llama, dispuesto enteramente á perdonarnos, con tal que nos arrepintamos de nuestras faltas y nos prometamos mudar de vida.

Háganse ahora los actos de contrición y de buen propósito, dirigiéndonos en seguida á la Santísima Virgen, para obtener por su poderosa intercesión el perdón de los pecados y la virtud de la perseverancia.



CAPÍTULO II

LOS PECADORES NO QUIEREN CREER EN
LAS AMENAZAS DE DIOS HASTA QUE
LLEGA EL CASTIGO

*Si poenitentiam non egeritis,
omnes similiter peribitis.*

Si no hacéis penitencia,
todos os perderéis.

LUC., XIII, 5.

DESPUÉS que el Señor hubo prohibido á nuestros primeros padres el gustar fruto vedado, la desgraciada Eva se acercó al árbol; compareció la serpiente y le dijo: ¿Por qué os ha prohibido el Señor alimentaros de tan bello fruto? Eva contestó: Por temor de no exponernos á la muerte. (*Gen.*, III, 3.)

He aquí la debilidad de Eva. El Se-

ñor había decretado absolutamente la pena de muerte, pero Eva empezó á dudar. Si yo como del fruto, decía, moriré *quizá*.

Viendo el demonio que Eva temía poco las amenazas de Dios, la alentó y le dijo: «No temas, no morirás»; así la engañó y la arrastró á comer el fruto prohibido. Así es también cómo el demonio no cesa de engañar á tantos desgraciados pecadores.

Dios les amenaza y les dice: «Haced penitencia: de lo contrario, os condenaréis como tantos otros». El demonio les dice: «No temáis, continuad divirtiándoos, porque Dios es lleno de misericordia; después ya os perdonará, y también os salvaréis». Dios nos intimida con sus amenazas á fin de que renunciemos al pecado y nos salvemos; el demonio, al contrario, tiende á librarnos del temor, á fin de que continuemos pecando y que nos condenemos. El mayor número ¡ay!, creyendo más gustosos al demonio que á Dios, acaba por condenarse.

¿Quién sabe cuántos hay en este país que no piensan aún en mudar de vida, esperando que el Señor se aplacará y no castigará? *Los pecadores no creen en las amenazas del Señor sino en el momento que llega el castigo.* La mano de Dios va á herirles, y ellos no piensan en convertirse.

Cuando Lot supo de cierto por el Señor que al fin quería Este sepultar la ciudad de Sodoma, se apresuró á noticiarlo á sus yernos. (*Gen.*, xix, 14.) Mas éstos no dieron fe á lo que se les anunciaba, pareciéndoles que Lot quería chancearse y ponerles miedo con aquella amenaza. Vino el castigo, y fueron devorados por las llamas.

¿Qué aguardamos? Dios nos advierte que el castigo es inminente: detengámonos, pues, y no esperemos á que Dios mismo nos detenga. Escuchad, ¡oh pecadores!, lo que dice San Pablo (*Rom.*, xi, 22): «Considerad la justicia que ha ejercitado el Señor con respecto á tantos pecadores que han sido castigados y arrojados al Infierno; conside-

rad de otra parte la misericordia de Dios con respecto á vosotros». Deteneos: si os corregís, si evitáis las ocasiones, si frecuentáis los Sacramentos; en una palabra, si vivís cristianamente, el Señor os perdonará; de lo contrario también os perderéis, pues Dios bastante os ha esperado. Dios es misericordioso, pero también es justo. Su misericordia es para el que le teme, y no para el que se obstina.

Laméntase el pecador cuando es castigado, y dice: ¿Por qué el Señor ha querido que yo perdiese este bien? ¿por qué me ha quitado la salud, ó se me ha llevado este hijo, este pariente? «¡Ah, pecadores!, exclama Jeremías, ¿qué derecho tenéis de quejaros? (*Jerem.*, v, 25.) No desea el Señor haceros perder este bien, quitaros este hijo, arrebataros este pariente; El estaba dispuesto á favoreceros; pero las blasfemias que habéis lanzado contra El y contra sus santos, vuestras maledicciones, vuestras obscenidades y el escándalo que habéis dado, se lo han impe-

dido.» No es Dios quien nos hace desgraciados, sino el pecado. (*Prov.*, xiv, 34.) Sin razón, pues, nos quejamos de Dios cuando se muestra severo con nosotros; mucho más crudamente le tratamos nosotros pagando sus gracias con nuestra ingratitud.

Se engañan los pecadores creyendo llegar á la felicidad por medio del pecado, porque el pecado es quien les aflige y los hace desgraciados. (*Deut.*, xxviii, 48.) Ya que tú no has querido servir á tu Dios con el placer que El comunica á sus servidores, servirás á tu enemigo, serás afligido y pobre, y este enemigo acabará por hacerte perder el alma y el cuerpo. David dice que el pecador se cava, con sus propias culpas, el abismo en que ha de ser sumergido. (*Ps.*, vii, 19.)

Ved el hijo pródigo, que, para vivir en libertad y divertirse á sus anchuras, dejó la casa de sus padres; mas, precisamente por haberla dejado, se vió reducido á cuidar cerdos y cayó en tan espantosa miseria, que ni aun podía

quedar saciado con el grosero alimento que les daba. (*Luc.*, 15.) Cuenta San Bernardino de Sena que un hijo impío arrastró á su padre por tierra. Y ¿qué sucedió? Este malvado fué también un día arrastrado por su hijo; mas, llegando á un cierto punto, exclamó: Basta, detente: yo no arrastré á mi padre sino hasta aquí. ;Detente, pues, tú también, pecador!

Dice Baronio que la hija de Herodías, la que hizo cortar la cabeza de San Juan Bautista, pasando un día sobre un río helado, el hielo se rompió de repente, y ella se hundió hasta el cuello, de suerte que, agitándose para salvarse, quedó la cabeza separada del tronco.

Así es cómo se hizo patente el castigo del Cielo. Dios es justo, pecador: cuando es llegado el tiempo de la venganza, el pecador queda ahogado por el mismo lazo que había preparado con sus propias manos. (*Ps.*, ix, 16.)

Temblemos de espanto al ver que los demás son castigados, siendo nosotros

igualmente culpables. Cuando la torre de Siloe aplastó á diez y ocho personas, dijo el Señor á los que le rodeaban: «¿Creéis que ellos eran los únicos pecadores? Vosotros lo sois también; y, si no hacéis penitencia, pereceréis como ellos». (*Luc.*, XIII, 4.) ¡Cuántos desgraciados se pierden porque esperan falsamente en la misericordia de Dios! Ellos continuán su mala vida, diciendo que Dios es misericordioso. No hay duda, Dios es misericordioso, y por esto ayuda al que espera en su misericordia (*Ps.*, XVII, 31); es decir, al que espera con la intención de corregirse, mas no al que espera queriendo continuar en ofenderle. Semejante esperanza no es agradable al Señor; al contrario, la detesta y la castiga. (*Job.*, XI, 20.)

¡Infelices pecadores! Vosotros no conocéis en qué consiste vuestra mayor desgracia, y es que estáis perdidos, y no lo percibís. Estáis ya condenados al Infierno, y os chanceáis, os divertís, despreciáis las amenazas del Señor, como

si estuvierais seguros que no os castigará. ¿De dónde sacáis esta maldita seguridad? Sí, maldita, porque ella es tal que os arrastra infaliblemente al Infierno. (*Ezech.*, xxxviii, 11.) El Señor se complace en esperar; pero, cuando dé la hora del castigo, condenará á las penas eternas á estos desdichados pecadores que viven tranquilos, como si no hubiese Infierno para ellos.

Detengámonos, pues, en la senda de la iniquidad; corrijámonos, si queremos librarnos de los terribles estragos que nos amenazan. Si no cesamos de pecar, el Señor se verá forzado á castigarnos. (*Ps.*, xxxvi, 9.) Los que se obstinan serán expulsados, no sólo del Paraíso, sino también de la Tierra, por temor de que con sus malos ejemplos no arrastren consigo á los demás al Infierno. Pero penetrémonos bien de que estos azotes temporales son nada en comparación de las penas eternas. La segur está ya en la raíz del árbol. (*Luc.*, iii, 9.) Si se cortan las ramas, el árbol vive todavía; mas, cuando se cortan las raíces, está

perdido sin remedio y se le arroja al fuego. El Señor tiene la mano levantada para descargar el golpe sobre vosotros, y vosotros permanecéis aún en su desgracia ¡Temblad! Pronta está la segur á caer sobre la raíz. ¡Temblad que Dios no os haga morir en el pecado, y que no os precipite al Infierno, en donde vuestra pérdida será irremediable!

«Mas hasta ahora, diréis, he cometido grandes pecados, y Dios ha tenido siempre paciencia, sin que me haya castigado: lo mismo espero que sucederá en lo sucesivo.» «No habléis así, dice el Señor (*Ecel.*, v, 4): Dios sufre, verdad es, pero su paciencia no es eterna; sufre hasta cierto punto, y después lo hace pagar todo. (*Reg.*, 12.) El abuso de las misericordias contribuye á la condenación de los ingratos.» (*Jerem.*, xii, 3.) La multitud de estos desdichados que no quieren corregirse será víctima de la Justicia divina, y condenados á la muerte eterna. Mas ¿cuándo sucederá esta desgracia? Cuando haya llegado el día de las venganzas. Preci-

so es, pues, temer que este día no se acerque para ellos, si no se deciden á dejar el pecado. Mas ellos esperan salvarse porque conservan algunas prácticas de piedad, mientras que continúan viviendo en el desorden.

¡Y esperan salvarse! Mas el hombre recogerá lo que haya sembrado. ¿Qué habéis sembrado vosotros? Habéis sembrado blasfemias, venganzas, robos, impurezas. ¿Qué queréis, pues, esperar? El que siembra pecados no puede esperar sino los castigos del Infierno. Continúa, pues, hombre culpable, viviendo revolcado en el fango de las torpezas; tú no haces más que añadir combustible, hasta que llegue el día en que el fango que te rodea se convierta en pez para nutrir más y más la llama voraz que ha de devorarte eternamente las entrañas.

Hay hombres, dice San Crisóstomo, que fingen no ver los castigos que tienen delante de sus ojos: otros hay que no quieren temer el castigo mientras no le vean llegar: mas sucederá con todos

estos hombres como sucedió con todos los que vivían en tiempo del diluvio.

El patriarca Noé anunciaba á los pecadores los castigos que el Señor les preparaba. Estos desgraciados no daban crédito á sus amenazas; y aunque viesen que Noé edificaba el arca, ni menos pensaban en corregirse. Ellos continuaron viviendo en el pecado, hasta que el castigo llegó, y los sumergió á todos.

La pecadora citada en el Apocalipsis decía: «Yo soy reina, y nada tengo que temer». Continuó viviendo en la impureza, y gloriándose de no ser castigada; mas sobrevino de repente el castigo tal como lo habían predicho. (*Apoc.*, XVIII, 7.)

¿Quién sabe si hoy es el último día en que os llama el Señor? Refiere San Lucas (*Luc.*, XIII, 7) que el propietario de un campo, habiendo encontrado una higuera que tres años hacía no daba fruto, mandó cortarla y echarla al fuego para que desembarazase su puesto. Díjole el viñador: «Veamos primero

si este año producirá algún fruto, y de no, la quemaréis».

Muchos años há que viene Dios á visitar vuestra alma, y hasta el presente no ha encontrado más frutos que abrojos y espinas, es decir, pecados. Escuchemos la voz de la Justicia divina que clama: *Cortad este árbol*; pero contesta la misericordia: «Aguardemos un poco más: veamos otra vez si este desgraciado quiere convertirse». Temblad, pues, porque la misericordia está de acuerdo con la justicia para quitarnos la vida y precipitaros al Infierno, si luego, luego, ahora mismo no os corregís.

Temblemos, y hagamos de manera que no se cierre sobre nuestras cabezas la abertura del pozo. (*Ps.*, LXVIII, 16.) El pecado va estrechando poco á poco la salida del estado de condenación en que ha caído el pecador, y al fin se halla aquella salida de tal modo cerrada que es imposible el salir de ella. Esta desgracia acontece cuando el pecador pierde la luz y no hace caso de nada (*Prov.*, XVIII, 3); desprecia la ley de

Dios, los avisos, los sermones, las amenazas y las excomuniones; mófase hasta del Infierno, y acaba algunas veces por usar de este lenguaje impío: «Muchos en él caen; muy bien puedo yo caer».

El que así habla, ¿puede salvarse? Puede salvarse, no hay duda; pero es moralmente imposible que se salve.

¿Habéis llegado hasta el punto de despreciar los castigos de Dios? ¡Ah! Si á tan fatal desgracia hubiereis llegado, ¿qué debéis hacer ahora? ¿Queréis abandonaros á la desesperación? No, hermano mío: dirigíos á la Santísima Virgen. Aun cuando estuviereis desesperado, dice Blosio que María es la esperanza de los desesperados, y el socorro de aquellos que se hallan abandonados. «¡Oh Reina mía!, dice San Bernardo: el desesperado que espera en Vos, ya no es desesperado».

Mas se dirá: si Dios quiere que yo sea condenado, ¿qué esperanza puedo tener? No, hijo mío, no quiero verte condenado. El Señor es quien habla: *Nolo mortem impii*. ¿Qué queréis, pues,

Señor? Quiero que el pecador se convierta y viva. *Sed ut convertatur et vivat.* (*Ezech.*, xxxiii, 21.) Arrojaos, pues, á los pies de Jesucristo, que os espera con los brazos abiertos.

(*Haced el acto de dolor.*)



CAPÍTULO III

DIOS USA DE MISERICORDIA HASTA
CIERTO PUNTO, Y DESPUÉS CASTIGA

*Indulsisti genti, numquid
glorificatus es?*

¿No habéis fundado vues-
tra gloria usando de indul-
gencia con vuestro pueblo?

Is., XXVI, 15.

CANTAS veces, Señor, habéis perdo-
nado á este pueblo; le habéis ame-
nazado de muerte con temblores de tie-
rra, con la peste con que habéis afligi-
do á los pueblos vecinos; habéis usado
con ellos de misericordia; habéis per-
donado; mas ¿qué habéis conseguido?
¿Acaso este pueblo ha dejado la culpa?
No; aun se ha portado peor: después

de algunos momentos de temor, os ha ofendido de nuevo, ha provocado otra vez vuestra cólera. ¿Qué pensáis vosotros, pecadores miserables? ¿Pensáis que Dios aguarda siempre, perdona siempre, y no castiga jamás? ¡Ah, no, no es así! *Emplea la misericordia hasta cierto punto; empieza después la justicia, y castiga.*

Preciso es penetrarse de esta verdad: que el Señor no puede dejar de aborrecer el pecado. Dios es la misma santidad; no puede, pues, dejar de abominar á este horrible monstruo, enemigo suyo, cuya malicia está en oposición directa con sus divinas perfecciones. Y si Dios aborrece el pecado, debe de necesidad aborrecer al pecador que está estrechamente unido con el pecado. (*Sap.*, XIV, 9.) ¡Ved con qué fuerza se queja el Señor, en la Escritura Santa, de aquellos que le desprecian para aliarse con tu enemigo! (*Is.*, I, 2.) «Escuchadme ¡oh cielos!, dice el Señor; escúchame ¡oh tierra!, observa la ingratitud de los hombres hacia Mí; Yo los alimenté, Yo los

crié como hijos míos, y ellos me pagan con injurias y desprecios. (*Is.*, 1, 3-4.) Los animales faltos de razón son reconocidos á su amo, y mis hijos me han desconocido y abandonado.»

Los brutos son agradecidos con aquel que les hace bien. Ved, si no, con qué fidelidad sirve un perro al amo que le alimenta. Mas, vosotros, ¿cómo os portáis con Dios, que os ha dado el alimento y los vestidos; que os ha conservado la vida mientras vosotros le estabais ofendiendo? ¿Qué pensáis, pues, hacer en lo sucesivo? ¿Queréis vivir siempre del mismo modo? ¿Creéis tal vez que no habrá castigo ni infierno para vosotros? Sabed, pues, que así como el Señor no puede dejar de aborrecer el pecado, porque es Santo, del mismo modo no puede dejar de castigarlo cuando el pecador se obstina, porque es Justo.

Cuando Dios castiga, se ve obligado á ello por nuestras culpas, porque no se place en castigarnos. No se complace el Señor en vernos condenados, dice

el Sabio, porque no quiere la perdición de seres que ha criado. (*Sap.*, I, 14.)

No hay jardinero alguno que plante un árbol con el designio de cortarle y arrojarle al fuego. Así, según San Crisóstomo, Dios aguarda por mucho tiempo antes de castigar á los pecadores; espera que se corrijan para poder ser con ellos misericordioso. (*Is.*, xxx, 17.) El Señor es pronto en salvar, lento en castigar. Al momento que David hubo dicho *peccavi*, el profeta le anunció el perdón que Dios acababa de concederle. (*II Reg.*, xii, 13.) Más deseo tiene Dios de perdonarnos que nosotros de conseguir el perdón.

Mas, cuando se trata de castigos, aguarda, avisa, anuncia antes de herir. (*Amós*, iii, 7.) Al fin, cuando ve que no queremos ceder ni á sus beneficios, ni á sus avisos, ni á sus amenazas, se ve forzado á castigarnos, y entonces, cuando nos castiga, nos hace ver las gracias que antes nos ha hecho. (*Ps.*, xlix, 21.)

Mas yo sé, dicen algunos, que la mi-

sericordia de Dios es grande y que tendrá piedad de mí; por otra parte, de cualquier pecado que yo cometa; ya me arrepentiré y me salvaré.

No hables así, os dice el Señor. (*Eccl.*, v, 6.) ¿Y por qué? Porque, si bien es verdad que Dios sufre á los pecadores, mas no podemos saber cuánto tiempo será de su voluntad el sufrirnos. ¿A cuántos no ha precipitado al Infierno luego de cometido su primer pecado? No siempre aguarda, ni aguarda siempre; no aguarda sino hasta un punto determinado. (*Mach.*, vi, 14.) Cuando ha llegado el día de la venganza, cuando se ha colmado la medida de los pecados que Dios ha determinado perdonar, entonces no usa ya de misericordia; castiga sin remisión.

No se desplomaron los muros de Jericó á la primera vuelta del Arca santa, ni á la quinta, ni á la sexta, sino á la séptima. (*Jos.*, vii, 20.) Así será de vosotros, dice San Agustín; Dios os ha perdonado el primer pecado, el décimo, el centésimo y tal vez el milésimo;

os ha llamado tantas veces, y os llama aun ahora: temed, temed que no sea ésta ya la última vuelta del arca; es decir, el último recurso, después del cual, si no mudáis de vida, todo será acabado para vosotros. (*Hebr.*, ix, 7.) La maldición está pronta á caer sobre esta alma, que ha sido tantas veces rociada por la lluvia de las gracias celestiales, y que, hasta ahora, en vez de frutos, no ha producido sino espinas y pecados; ella acabará por caer en las llamas eternas del Infierno. Cuando el término ha llegado, Dios castiga sin misericordia.

Cuando Dios quiere castigar, puede y sabe hacerlo. (*Is.*, i, 18.) ¡Cuántas ciudades han sido destruídas y sepultadas á causa de los pecados de sus habitantes, que Dios no quiso sufrir más!

Pasando un día Jesucristo cerca de la ciudad de Jerusalén, la miró, y, considerando las desgracias que debían descargarse sobre ella á causa de sus iniquidades, lloró. ¡Desdichada ciudad! ¡No

te quedará piedra sobre piedra, porque no has querido conocer el favor que te he concedido visitándote con tantos beneficios y con tantas señales de mi amor, ¡ingrata! Tú me desprecias y me expulsas de tu seno, á Mí que tantas veces he querido reunir tus hijos y tú no lo has querido.

¿Quién sabe si á estas horas el Señor está mirando tu alma, pecador, y llora sobre ella, porque ve que tú no quieres hacer el menor caso de la visita que te está haciendo actualmente, junto con la invitación que te hace de mudar de vida?

¡Cuántas veces he querido convertirme, dice el Señor, con las luces que te he enviado! Tú no has querido escucharme, tú has hecho del sordo, tú has continuado huyendo de Mí. Pronto estoy á abandonarte; y, si te abandono, tu ruina es inevitable; ya no tiene remedio. Cuando el enfermo no quiere tomar remedios, el médico mismo se los presenta y se esfuerza en hacérselos tomar; mas, si el enfermo los des-

echa obstinadamente, el médico le abandona. (*Jerem.*, LI, 9.)

¡Cuántos remedios, cuántas inspiraciones no os ha presentado el Señor para libraros de la muerte eterna! ¿Qué más debe hacer? Si os condenáis, culpa vuestra es; ¿podréis quejaros de Dios, que de tantas maneras os ha llamado? Dios nos llama por los avisos interiores, por los sermones, por las lecturas, por sus beneficios; nos llama, en fin, por las calamidades temporales, para hacernos temer y evitar las calamidades eternas.

Observa San Bernardino de Sena que para ciertos pecados, sobre todo los escándalos, el remedio más oportuno para alejarlos son los castigos temporales. Mas cuando ve el Señor que los beneficios no sirven sino para hacer á los pecadores más audaces en sus crímenes; cuando ve que no se hace caso alguno de sus amenazas; en una palabra, cuando ve que no se le quiere ya escuchar, abandona los pecadores y les castiga con la muerte eterna. (*Prov.*, I,

24.) « Vosotros os burláis de mis palabras, de mis amenazas y de mis azotes; llegará el último castigo, y entonces seré. Yo quien me burlaré de vosotros».

¡Ah! ¡Con qué rigor sabe Dios castigar cuando le place! Saca el castigo de los motivos mismos del pecado. (*Sap.*, XI, 18.) Los judíos dieron muerte á Jesucristo por temor que los romanos no se apoderasen de los bienes que poseían y les despojasen de todo cuanto tenían; mas este mismo crimen fué poco tiempo después la causa por la cual los romanos entraron en su país y les despojaron de todo lo que tenían; ellos perdieron sus almas queriendo salvar sus bienes; llegó el castigo y perdieron sus riquezas y sus almas. Así sucede con muchos hombres: pierden el alma para salvar los bienes terrestres; mas Dios, que es justo, permite después que se hallen sumergidos en la miseria en esta vida, y condenados en la otra.

¡Ah, pecadores, no provoquéis más la cólera de vuestro Dios! Sabed que

de cuanta más misericordia ha usado con vosotros, cuanto más tiempo os ha sufrido, mayor será el castigo que os espera si no cesáis de ofenderle: Escuchad el lenguaje con que habla á un alma á la cual ha colmado de beneficios: ¡Ay de ti, Corozain! Si yo hubiese concedido á un pagano las gracias que á ti te he concedido, ya tal vez se hubiera santificado, y habría hecho penitencia de sus pecados; pero tú ¿te has vuelto santo? Ó, á lo menos, ¿has hecho penitencia de tantos pecados mortales, de tantos malos pensamientos, de tantas maledicencias, de tantos escándalos? Tiembla, pues: irritado estoy contra ti. Alzada tengo la mano para herirte: mi venganza será terrible, y tu muerte próxima.

Mas, diréis, ¿qué debemos hacer? ¿Hemos de abandonarnos á la desesperación?

No, hermanos míos; no quiere Dios que nos abandonemos á la desesperación. He aquí lo que debemos hacer (*Hebr.*, IV, 16): Corramos presurosos al

trono de la gracia, á fin de que el Señor nos conceda el perdón de nuestros pecados y aleje el castigo que está ya sobre nuestras cabezas, *in auxilio opportuno*; es decir, que Dios no está tal vez dispuesto á concedernos mañana lo que quiere concedernos hoy. Presentémonos ahora mismo al trono de la gracia, al mismo Jesucristo (I *Joan.*, II, 2); Jesús es quien, por el mérito de su sangre, puede obtenernos el perdón. Mas no tardemos y presentémonos luego.

El Salvador, durante el tiempo de su predicación en la Judea, curaba los enfermos y concedía gracias á los que se apresuraban á pedírselas; al contrario, nada concedía á los descuidados y á los que le dejaban pasar sin pedirle algo. Esto hacía decir á San Agustín: *Timeo Jesum transeuntem*; esto es, que tan presto como el Señor nos ofrece su gracia, debemos darnos prisa de aprovecharnos de ella; de otro modo, el Salvador pasará sin concedernos favor alguno. (*Ps.*, XCIV, 8.)

Hoy os llama Dios: arrojaos, pues,

hoy á sus brazos. Si esperáis á mañana, Dios no os llamará tal vez, y quedaréis abandonados. La Santísima Virgen, que es la Reina y la Madre de las misericordias, es también, según San Antonio, un trono de gracia. Si Dios está irritado contra vosotros, seguid el consejo de San Buenaventura: dirigíos á la Esperanza de los pecadores; á María, que es la Madre de la santa esperanza. (*Eccl.*, xxiv, 24.) Mas es de notar que la esperanza santa no es sino la del pecador que se arrepiente de sus faltas y que quiere corregirse. Si se quiere continuar en el vicio y lisonjearse que María ayudará y salvará, es una esperanza temeraria. Arrepintámonos, pues, de los pecados cometidos; resolvamos corregirnos; dirijámonos entonces con confianza á María; Ella nos ayudará, Ella nos alcanzará la salud.

(*Acto de dolor.*)



CAPÍTULO IV

SOBRE LAS CUATRO PRINCIPALES PUERTAS DEL INFIERNO

*Defixæ sunt in terra portæ
ejus.*

Puestas están sus puertas
sobre la Tierra.

THREN., II, 9.

QUY ancho es el camino que conduce al Infierno, y muy grande el número de los que entran en él. El Infierno tiene muchas puertas; mas estas puertas están sobre la Tierra. Estas puertas son los vicios por los cuales los hombres ofenden al Señor y llaman sobre sí los castigos y la muerte eterna. Entre todos los vicios, hay cuatro especialmente, á saber: el odio, la

blasfemia, el robo y la impureza, que hacen caer más víctimas en el Infierno, y que más provocan acá en la Tierra el castigo de Dios. Estas son las cuatro puertas por las cuales entran el mayor número de los que se condenan.

El odio es la primera puerta del Infierno. El Paraíso es el reino del amor, así como el Infierno es el del odio. Padre mío, dirá alguno: yo soy reconocido y amo á mis amigos, mas no puedo sufrir al que me hace algún tuerto. Los bárbaros, los idólatras hablan y obran como vos. *Ethnici hoc faciunt*. Es natural amar á los que nos hacen bien; y esto lo hacen, no sólo los infieles, sino aun los animales. Mas escuchad lo que os digo, añade Jesucristo: escuchad cuál es mi ley, la ley del amor: quiero que vosotros, discípulos míos, améis aun á vuestros enemigos; haced bien al que os quiere mal; y, cuando no podáis otra cosa, rogad á lo menos por aquel que os persigue; entonces seréis hijos de Dios, que es vuestro Padre. Con razón, pues, dice San Agustín que

sólo el amor distingue el que es hijo de Dios del que es hijo del demonio. Así han obrado los santos; ellos han amado á sus enemigos.

Santa Catalina de Sena había sido indignamente difamada por una mujer: esta mujer cayó enferma, y Santa Catalina la asistió por largo tiempo, como si hubiese sido su sirviente.

San Acayo vendió sus bienes para socorrer á un hombre que le había quitado la reputación.

Un asesino había atentado á la vida de San Ambrosio: el Santo le señaló una suma suficiente para que pudiese vivir con decencia. He aquí personas que se pueden llamar á boca llena hijos de Dios. ¡Cosa admirable!, dice Santo Tomás de Villanueva: perdonamos por respeto á un amigo las injurias que se nos han hecho: ¿por qué no queremos obrar así cuando es Dios el que lo manda?

¡Cuánto debe esperar obtener el perdón el que perdona las ofensas! El tiene á favor suyo la promesa del Señor,

que dice: *Perdonad y se os perdonará*. Perdonando á los demás, vos os habéis proporcionado á vos mismo el perdón; mas, el que quiere vengarse, ¿puede esperar que Dios le remitirá sus ofensas? Al pronunciar la oración dominical, sella El mismo su decreto cuando llega á aquellas palabras: *Señor, perdóname, como perdono yo á mis enemigos*. Cuando alguno quiere vengarse, dice al Señor: No me perdonéis, Señor, porque yo no quiero perdonar. Así es cómo pronuncia su sentencia contra sí mismo.

No lo dudéis: juzgados seréis sin misericordia, porque no la queréis usar con vuestro prójimo. Si vengaros queréis, renunciad al paraíso. Los vengativos tienen un infierno en este mundo y en el otro. El que alimenta el odio en su corazón, no tiene nunca más un momento de paz, dice San Crisóstomo, y es devorado sin cesar por la turbación y el frenesí.

Mas diréis vosotros: Este hombre ha despedazado mi reputación en el con-

cepto público; me ha herido en lo más delicado de mi honor; yo quiero, pues, vengarme.

¿Queréis quitarle la vida?—¿Conque sois vos dueño de la vida de un hombre? No: ella no pertenece sino á Dios sólo. (*Sab.*, xvi, 23.) —¿Queréis vengaros de vuestro enemigo?—También Dios se vengará de vos. Sólo á Dios es permitida la venganza. (*Deut.*, xxxii, 35.).

Pero ¿cómo podrá restablecerse mi honor?—¡Cómo! Para restablecer vuestro honor ¿intentáis pisotear el honor del mismo Dios? ¿No sabéis que deshonráis á Dios todas cuantas veces obráis contra su ley? (*Rom.*, ii, 13.) ¿Cuál es vuestro honor? Es el de un pagano, de un idólatra; el honor de un cristiano consiste en obedecer á Dios y observar su ley.—Mas se me tendrá por un cobarde.

«Decidme, pregunta San Bernardo: si vuestra casa estuviera á punto de desplomarse, ¿quisierais no huir por temor de que os llamasen cobarde? Y, para evitar esta calificación, ¿os con-

denaréis vos mismo á desplomaros en el abismo del Infierno? Si perdonáis, seréis elogiado por todos los hombres de bien. Si deseáis vengaros, dice San Crisóstomo, haced bien á vuestro enemigo; ésta es la única venganza permitida á un cristiano.

Es falso que se pierda el honor cuando, después de haber recibido una injuria, se dice: yo soy cristiano, y así no puedo ni quiero vengarme; lejos de perder el honor, se adquiere entonces y se salva el alma. Al contrario, el que se venga será castigado de Dios, no sólo en la otra vida, sino también en este mundo. Aun cuando lograrse escapar de la justicia de los hombres, no podría esperar, después de la venganza, sino una existencia desgraciada; debería llevar una vida errante; estaría sin cesar atormentado por el temor de los jueces y de los parientes de aquel á quien hubiese muerto, y sobre todo por sus remordimientos; en una palabra, sería desgraciado en esta vida, y el Infierno le aguardaría en la otra.

¿Qué debemos, pues, hacer si alguno nos ofende? Recurrir al momento á Dios y á la Santísima Virgen, pedirle la fuerza para perdonar, y decir allí mismo: Señor, yo perdono por vuestro amor la injuria que se me hace; perdonadme Vos las injurias sin número que os he hecho.

Pasemos ahora á la segunda puerta del Infierno, es decir, á la blasfemia. Hombres hay que en las adversidades no dirigen sus golpes contra sus semejantes, sino contra Dios: unos blasfeman de los santos; otros llegan á la audacia extrema de maldecir al mismo Dios. ¿Sabéis lo que es la blasfemia? Dice San Crisóstomo que no hay pecado mayor. (*Hom.*, I, *ad Pop.*) Todos los demás pecados no se cometen, según San Bernardo, sino por debilidad; la blasfemia es originada de la malicia. (*Ser.*, XXXIII.)

Con razón, pues, San Bernardo llama diabólico el pecado de blasfemia, porque el blasfemador ataca á Dios y á sus santos. Es peor aún que los crucifica-

dores de Jesucristo: aquellos desdichados no le reconocían por Dios, mientras que los blasfemos, sabiendo que lo es, van á insultarle cara á cara. Peores son que los perros, pues estos animales no muerden al amo que los mantiene; los blasfemadores, al contrario, insultan á Dios en el momento mismo que les colma de beneficios. ¿Qué pena, pues, será suficiente para castigar un crimen tan horrible, dice San Agustín? (*De Civ.*, c. IX.) Así, no debe admirarnos que, en tanto que exista este pecado, no cesen de afligirnos las calamidades, dice el Papa Julio III en la Bula XXIII.

Léese en el prefacio de la Pragmática-Sanción en Francia, que, cuando el rey Roberto rogaba por la paz del reino, le aseguró el Crucificado que no la tendría hasta que de él hubiese destruido la blasfemia. (*Lorin., in cap. XXIV Levit.*) El Señor en la Santa Escritura amenaza destruir el país en donde reina este vicio detestable. (*Is.*, I, 4.)

Si se siguiera el consejo de San Juan Crisóstomo, sería menester despedazar

la boca de los blasfemos. San Luis, rey de Francia, mandó que se marcasen con un hierro encendido los labios del blasfemo. Un gentilhombre incurrió en este castigo; intercedióse inútilmente por él. San Luis fué inflexible; y á los que le acusaban de crueldad les contestaba que prefería dejarse quemar él mismo los labios antes que sufrir en su reino una tan enorme injuria contra Dios.

Dime, pues, tú, blasfemo: ¿de qué país eres? Ya te lo diré yo primero: tú eres del Infierno. En la casa de Caifás conocieron que San Pedro era del país de Galilea; su lenguaje lo probaba. El tuyo ¿no es el de los condenados? (*Apoc.*, xvi, 11.)

Mas explícate: ¿qué pretendes conseguir con tus blasfemias? ¿Honor?—No, pues el que blasfema es aborrecido de todo cuanto hay de honrado sobre la tierra.—¿Acaso bienes temporales?—No; este funesto vicio es á menudo castigado con maldiciones temporales. (*Prov.*, xiv, 34.)—¿Placer?—No: ¿qué placer puede sentir el blasfemo? La

blasfemia es un gusto de condenado, y, desde que pasa el furor, los remordimientos se dejan percibir en el fondo del corazón. ¿Para qué insultar al Señor? ¿Para qué ultrajar los santos? ¿Qué mal os han hecho? ¡Os ayudan, ruegan á Dios por vosotros, y vosotros los maldecís! Dejad ahora mismo y á toda costa este vicio detestable. Si ahora no os corregís, le conservaréis hasta la muerte, como ha sucedido con tantos desdichados que han muerto con la blasfemia en los labios.

Mas ¿qué debo hacer, Padre mío, cuando la pasión me transporta? ¡Gran Dios! ¿No hay otras expresiones? ¿No se puede decir: Virgen Santísima, ayúdame, alcanzadme paciencia? Cesará el rapto de la cólera, y os conservaréis en la gracia de Dios. Si blasfemáis, os veréis más afligido acá en la Tierra y castigado por toda la eternidad.

Consideremos otra puerta del Infierno, por la cual entra gran número de personas. Esta puerta es el robo. Hay hombres que adoran, por decirlo así,

el dinero, mirándolo como á su Dios y su último fin. (*Ps.*, CXIII, 14.) Pero fallada está su condenación: los ladrones no poseerán el Cielo. (*I Cor.*, VI, 10.) Verdad es que el robo no es el pecado más grave, pero es el más peligroso para la salud eterna, dice San Agustín; pues para obtener el perdón de los otros pecados basta tener de ellos un verdadero arrepentimiento; mas para el robo es indispensable, además, la restitución, que es siempre difícil. Cada día lo vemos por experiencia: los hurtos son innumerables, y rarísimas las restituciones.

Guardaos bien de tomar ó de retener los bienes de otro; si lo habéis hecho, por desgracia, restituidlos de poco en poco, si no podéis todo de golpe. El bien ajeno os hace pobre en esta vida, y desgraciado en la otra. Vos habéis despojado á los otros, y los demás os despojarán á su turno. (*Hab.*, II, 9.) El bien de otro lleva consigo la maldición sobre la casa que le conserva (*Zach.*, V, 3); es decir, que quien po-

see el bien de su prójimo perderá, no solamente lo que ha robado, sino también lo que posee suyo. El bien ajeno es un fuego que devora todo lo que encuentra.

Atended, madres y esposas, si vuestros hijos ó vuestros maridos introducen en la casa bienes de otro; lamentaos de ello; guardaos de aplaudirlo, ni aun con el silencio. Habiendo oído Tobías un cordero que daba balidos en su casa, «Cuidado, dijo, que no sea robado: volvedle». Hombres hay que toman el bien de otro, y que procuran después aquietar su conciencia por medio de limosnas. San Crisóstomo dice que el Señor no quiere ser honrado con lo que pertenece á otros.

Los robos de los ricos consisten en los actos de injusticia, en los daños que ocasionan con la injusta detención de lo que es debido á los pobres; éstos son también robos que obligan á la restitución; mas ésta es, por desgracia, muy difícil de practicar; así es que muchos se condenan por causa de los robos.

La cuarta puerta del Infierno es el pecado de impureza; ésta es la puerta por la cual entra mayor número de pecadores.

Los impúdicos consideran que Dios tendrá piedad de este pecado, porque sabe que somos de carne. ¡Y qué! ¿Dios tiene compasión de este pecado? Mas se lee en la Escritura que por este pecado envió Dios sobre la Tierra las más espantosas catástrofes. Observa San Jerónimo que leemos haberse Dios arrepentido de haber criado al hombre, en especial por el pecado de la carne. (*Gen.*, 6.) Dios no ha castigado pecado alguno, ni aun sobre la Tierra, con tanto rigor como el de la impureza, dice Eusebio. (*Ep. ad Dam.*) En castigo de este pecado hizo caer fuego del cielo sobre cinco ciudades, y permitió que pereciesen en las llamas todos sus habitantes. Por causa de este pecado, principalmente, el diluvio universal destruyó todo el género humano, á excepción de la familia de Noé. Este es un vicio que ya castiga Dios á menudo

en este mundo de una manera terrible. Ya que tú has querido olvidarme, dice el Señor, y me has abandonado por un miserable placer, quiero que aun en esta vida sufras la pena de tus crímenes.

Dios ¿tiene compasión de este pecado? Atended que este delito es el que arrastra mayor número de almas al Infierno. Asegura San Remigio que la mayor parte de los condenados lo son por causa de este pecado. Del mismo sentir es el P. Señeri, siguiendo á San Bernardo (*T. 4, Serm. 21*), y á San Isidoro (*L. 2, sent., c. 39*). Santo Tomás dice que este pecado es muy agradable al demonio, porque, el que cae en este muladar del Infierno, queda pegado en él y no puede casi levantarse. Este vicio quita hasta la luz, y el pecador queda tan ciego, que casi llega á olvidarse de Dios, dice San Lorenzo Justiniano. (*De lib. vit., Os., v, 4.*) Desconoce á Dios, no obedece ya ni á Dios ni á la razón; sólo obedece á la voz de los sentidos, que le arrastra á obrar como un bruto.

Casi siempre los hábitos criminales se conservan hasta la muerte. Hállanse hombres de edad madura, viejos decrepitos, que tienen los mismos pensamientos y cometen los mismos pecados que cometían en su juventud. Así es cómo sus faltas se multiplican, y vienen á ser innumerables. Preguntad á este desdichado cuántas veces ha consentido en los malos pensamientos, y os contestará: ¿quién puede acordarse de ellos? Mas si vos no sabéis el número de vuestros pecados, ya los sabe Dios, y no ignoráis vosotros que un solo pecado de mal pensamiento basta para precipitaros en el Infierno. ¿Qué será, pues, por tantas torpezas en las que se están revolcando estos desgraciados, como animales inmundos? ¡Oh espantoso pecado, cuántas almas precipitas en los Infiernos!

Mas, Padre mío, ¿cómo hacerlo para resistir á tantas tentaciones? ¡Ah, yo soy muy débil!—Si sois débil, ¿por qué no os encomendáis á Dios y á la Santísima Virgen, que es la Madre de la

pureza? ¿Para qué exponeros á las tentaciones? ¿Por qué no mortificáis vuestros ojos? ¿Por qué miráis objetos que excitan las tentaciones? ¿Por qué os abandonáis sin reserva al mal y á todas sus consecuencias, pues que la impureza conduce con frecuencia á otros pecados, como son los odios, los robos, y, sobre todo, las confesiones y las comuniones sacrílegas, ó por efecto de reticencias ó por defecto de contrición?

Si sois culpable de este pecado, no quiero arrancaros toda esperanza: salid, empero luego, de este estado infernal, ahora que Dios os ilumina y os tiende la mano para ayudaros. Huid desde este momento las ocasiones: sin esto, todo está perdido; los juramentos, las lágrimas, los propósitos, no sirven de nada. Quitad las ocasiones; encomendaos en seguida á Dios y á María, que es la Madre de la pureza. Cuando seáis tentado, no os entretengáis con la tentación: nombrad, invocad al instante á Jesús y á María. Sus Nombres sagrados ahuyentan el demonio, y apagan estos

ardores infernales. Si el demonio no cesa de tentaros, continuad invocando á Jesús y á María, y á buen seguro que no sucumbiréis. Para arrancar de raíz este hábito, haced alguna práctica especial de piedad dirigida á María, rogadle con confianza. Por la mañana, al levantaros, rezad con fervor la oración angélica en honor de su pureza; haced lo propio al acostaros, y, sobre todo, penetraos bien de esta verdad: que si rehusáis actualmente la gracia de Dios y os obstináis en vuestro pecado, tal vez ¡ay! no os corregiréis de él jamás.

(Acto de dolor.)

CAPÍTULO V

LAS PRÁCTICAS DE DEVOCIÓN EXTERIOR DE NADA SIRVEN SI NO SE ARROJA DEL ALMA EL PECADO

*Et nunc nolite illudere, ne
forte constringantur vincula
vestra.*

No os burléis más de las
amenazas del Señor; no
sea que vuestras cadenas
se endurezcan más todavía.

IS., XXVIII, 22.

DIOS manda á Jonás que vaya á pre-
dicar á Nínive; el profeta desobe-
dece al Señor, y se embarca para ir á
Tarsis. Levántase súbitamente una fu-
riosa tormenta, que amenaza sumergir
el navío. Advirtiéndolo Jonás que la tem-
pestad no había sobrevenido sino para
castigarle, dice á los marineros: arro-

jadme al mar. Los marineros echaron al profeta al mar, y calmó la tempestad. Si Jonás no hubiese sido arrojado al mar, la tempestad no hubiera cesado. Induzcamos de este ejemplo que, si no expelimos el pecado de nuestros corazones, no cesará la tormenta, esto es, la calamidad. Nuestros pecados son los vientos funestos que excitan las tempestades, y que nos hacen naufragar. (Is., LXIV, 6.) Mientras nos afligen las calamidades hacemos penitencias exteriores, novenas, procesiones, exposiciones del Santísimo Sacramento; mas, si no nos corregimos, todo esto ¿de qué sirve? *Todas nuestras devociones son poco menos que inútiles cuando no abandonamos el pecado*, porque estas devociones no aplacan á Dios.

Si queremos aplacar al Señor, preciso es que alejemos la causa de su cólera; debemos alejar el pecado. El paralítico pedía á Jesucristo la salud; mas el Salvador, antes de curarle de la enfermedad del cuerpo, le curó de la del alma: le concedió el dolor de sus peca-

dos, y le dijo en seguida que ya estaban perdonados.

El Señor aleja ante todo la causa de la enfermedad, dice Santo Tomás; es decir, los pecados, y luego después cura la enfermedad. La raíz del mal es el pecado: así el Señor, después que hubo curado aquel parálítico, le dijo: Guárdate, hijo mío, de pecar de nuevo; porque, si pecas, volverás á caer enfermo más de lo que estabas. Esta es la advertencia que da el Eclesiástico. (*Ecc.*, xxxix, 9.) Es menester primeramente dirigirse al médico del alma á fin de que os libre del pecado, y en seguida recurrir al médico del cuerpo á fin de que os libre de la enfermedad.

En una palabra, el pecado, ó mejor nuestra obstinación en el pecado, es el origen de todos nuestros castigos, dice San Basilio. (*In c. ix, Is.*) Nosotros hemos ofendido al Señor, y no queremos de ello arrepentirnos. Preciso es escucharle cuando nos llama con la voz de las calamidades, pues de lo contrario se verá precisado á lanzar contra nos-

otros sus maldiciones. (*Deut.*, xxviii, 15.) Cuando ofendemos á Dios, provocamos á todas las criaturas á que se vuelvan contra nosotros. Cuando un esclavo se rebela contra su amo, dice San Anselmo, excita contra sí no solamente la cólera de su amo, sino también la de toda su familia: así, cuando ofendemos á Dios, llamamos á todas las criaturas para que nos aflijan. Irritamos sobre todo contra nosotros, dice San Gregorio (*Hom.*, xxxv), las criaturas de que nos servimos para ofender á Dios. La misericordia de Dios impide que estas criaturas no nos destruyan; mas, cuando ve que despreciamos sus amenazas y que continuamos pecando, se sirve de estas criaturas para vengarse de los insultos que le hacemos. (*Sap.*, v, 17-27.)

Si no aplacamos al Señor corrigiéndonos, no podremos substraernos del castigo. ¿Hay locura mayor, dice San Gregorio, que figurarse que Dios cesará de castigarnos en tanto que no queremos cesar de ofenderle? Se asiste á

la iglesia, se va al sermón; mas no nos acercamos á la confesión, no queremos mudar de vida. ¿Cómo queremos ser librados de las calamidades, si no alejamos la causa de ellas? No cesando de irritar al Señor, ¿á qué admirarse de que el Señor no cese de afligiros? ¿Creéis que el Señor se aplaca viéndooos practicar alguna obra exterior de piedad, sin pensar por otra parte en arrepentiros de vuestras faltas, sin restablecer el honor que habéis mancillado, sin restituir lo que habéis robado, sin alejaros, en fin, de estas ocasiones que os alejan del Señor? No os burléis del Señor, dice el profeta Isaías (*Is.*, XXVIII, 27), pues esto sería redoblar las cadenas que os arrastran al Infierno. No pequemos, pues, no irriteemos al Señor; el azote está ya amenazando vuestras cabezas: no soy el profeta Isaías; mas puedo aseguraros que el azote del Señor está para descargar si no nos rendimos á sus amenazas.

No sufre Dios que se burlen de El. No os he mandado, dice (*Jerem.*, XII,

22), darme pruebas puramente exteriores; lo que quiero es que escuchéis mi voz, que mudéis de vida, que hagáis una buena confesión, porque sabéis que todas vuestras pasadas confesiones son nulas, porque todas eran inmediatamente seguidas de numerosas reincidencias. Quiero que renunciéis á esta propensión, á aquella compañía; quiero que tratéis de restituir lo que habéis robado, de reparar los perjuicios que causasteis. Haced lo que os digo: entonces seré lo que deseáis; seré Dios de misericordia. (*Jerem.*, VII, 13.)

No ignoran los pecadores lo que han de practicar para volver á entrar en gracia con Dios; mas se obstinan en no hacerlo. ¡Cuántas personas, después de haber escuchado las instrucciones públicas, los avisos de sus confesores, salen de la iglesia y se hacen peores que antes! ¿Es éste el modo de aplacar al Señor? ¿Cómo pueden presumir estos pecadores desdichados que el Señor los libertará de los azotes con que les aflige? (*Ps.*, IV.)

Honrad á Dios, no en apariencia, sino con las obras (esto es lo que significan aquellas palabras: *sacrificium iustitiae*): llorad vuestros pecados, frecuentad los sacramentos, mudad de vida: después, esperad en el Señor. Si empero esperáis, sin cesar de cometer pecados, no es esto una verdadera esperanza, sino una temeridad. Es un engaño del demonio, que os hace más abominables á los ojos del Señor, y provoca sobre vosotros más castigos.

El Señor está irritado: levantada está su mano para castigaros con el azote terrible con que os amenaza. ¿Qué queréis hacer para escapar de él? (*Math.*, v, 5.) Preciso es hacer una verdadera penitencia. Preciso es cambiar el odio en dulzura, y la intemperancia en sobriedad: menester es observar los ayunos mandados por la Iglesia; menester es abstenerse de esta cantidad de vino que abate al hombre hasta el nivel del bruto; menester es huir las ocasiones. Si queréis producir frutos dignos de penitencia, debéis aplicaros á servir á

Dios con tanto mayor fervor, cuanto más le habréis ofendido. (*Rom.*, vi, 19.) Esto es lo que hicieron Santa María Magdalena, San Agustín, Santa María Egipciaca y Santa Margarita de Cortona.

Por su penitencia, estos pecadores se hicieron más agradables á Dios que muchos otros que habían cometido menos pecados, pero que eran tibios. Dice San Gregorio que el fervor de un pecador es más grato á Dios que la tibieza de un inocente: la penitencia de un pecador alegra al cielo más que la perseverancia de los justos, si después del pecado ama á Dios con más fervor que el justo.

He aquí lo que se llama hacer dignos frutos de penitencia: no basta, pues, venir á la iglesia y hacer alguna obra de piedad. Si no se deja el pecado y la ocasión de pecar, esto es burlarse de Dios é irritarle siempre más y más. (*Mat.*, viii, 9.)

Dícese regularmente: María nos ayudará, nuestros santos patronos nos li-

brarán; imposible es que los santos nos ayuden cuando no queremos librarnos del pecado. Los santos son los amigos de Dios, y por esto mismo están muy distantes de inclinarse á proteger los pecadores obstinados.

Temblemos, pues: el Señor ha publicado ya la sentencia que condena al fuego todos los árboles sin fruto. ¿Cuántos años hace que estáis en el mundo? ¿Qué frutos de buenas obras habéis producido hasta ahora? ¿Qué honor habéis dado á Dios con vuestra conducta? Vos no habéis cesado de amontonar pecados á pecados, desprecios á desprecios, insultos á insultos; éste es todo el fruto que habéis dado; éste es todo el honor que habéis tributado al Señor. A pesar de todo, Dios quiere concederos aún el tiempo para corregiros, para llorar vuestros pecados, para amarle durante el resto de vuestra vida.

¿Qué queréis hacer, pues? ¿Cuál es vuestra resolución? Deteneos: daos entera y sinceramente al Señor. ¿Qué aguardáis? ¿Queréis que sea ya tarde,

que el árbol sea cortado y arrojado al fuego del Infierno?

Concluyamos. El Señor me ha encargado el instruiros, y me manda anunciaros de su parte que está pronto á detener el torrente de calamidades que había preparado; pero á condición que os convirtáis verdaderamente. Temblad, pues, si no habéis resuelto aún mudar de vida; entregaos, empero, al más puro júbilo, si queréis, en verdad, volver al Señor. (*Ps.*, CIV, 3.) ¡Ojalá inunde el consuelo al corazón que busca á Dios! Pues, para quien le busca, Dios es todo amor y compasión. (*Tren.*, III, 25.) Incapaz es el Señor de desechar una alma que se humilla y se arrepiente de sus faltas. (*Ps.*, L.) Regocijaos, pues, si tenéis verdadera intención de corregiros. Si teméis á la justicia divina con motivo de tantos crímenes de que os reconocéis culpables, recurrid á la Madre de misericordia, dirigíos á la Santísima Virgen, que protege eficazmente á cuantos se refugian bajo su manto protector.— (*Acto de dolor.*)



CAPÍTULO VI

DIOS ENVÍA LOS CASTIGOS EN ESTA VIDA,
NO PARA NUESTRA RUINA, SINO
PARA NUESTRO BIEN

Non enim delectaris in perditionibus nostris.

No os alegráis de las desgracias con que nos agobiáis.

TOB., III, 22.

SEÑOR, decía Tobías (*Tob.*, III, 21), el que os sirve tiene la certeza de que después de la prueba alcanzará la corona, y que después de la tribulación de esta vida quedará libre de la pena que había merecido. (*Tob.*, III, 21-22.) Después de las tempestades y de los infortunios nos concedéis la calma, y después de los llantos nos enviáis la paz

y la alegría. Digámosle, pues, y no cesemos de repetir: No nos envía Dios las desdichas de esta vida para nuestra ruina, sino para nuestro bien; es decir, á fin de que dejemos el pecado, y que, recobrando la gracia, podamos escapar de los castigos eternos.

Dice el Señor que derrama el temor en nuestros corazones para que no nos hagamos esclavos de las delicias de la Tierra, y que para poseerlas no pensemos jamás en ser ingratos y en abandonarle. (*Jerem.*, XXXII, 40.) ¿Qué hace el Señor para llamar á su gracia á los pecadores que le han abandonado? Muéstrase indignado, y les amenaza con castigos en esta vida. (*Ps.*, LV, 8.) Cólmales Dios de tribulaciones, á fin de que la aflicción misma les impela á abandonar el pecado y á recurrir á El. ¿Qué hace una madre que quiere destetar á su hijo? Pone hiel en su pecho. Esto mismo hace el Señor para atraer á él las almas, y despegarlas de los placeres de la Tierra, que les hacen olvidar la eterna salud; derrama amargura

en sus placeres, en sus fiestas, en una palabra, sobre todo cuanto poseen, á fin de que, no hallando ya paz en las cosas terrestres, recurran á Dios, único que puede contentarles. (*Os.*, VI, 1.)

Si permito, dice el Señor, que los pecadores no dejen de deleitarse en el pecado, no cesarán de dormir en él: necesario es, pues, que les aflija para despertarles de su letargo y volverlos á Mí. Cuando se vean afligidos exclamarán: ¿Qué hacemos? Si no abandonamos el vicio, Dios no se aplacará, y continuará, con justicia, castigándonos. Valor, pues, volemós á sus plantas, que El nos curará de nuestras dolencias. Si nos ha afligido con sus castigos, nos consolará por su misericordia.

En el tiempo de mis aflicciones, decía David, he buscado al Señor y no he quedado burlado en mi esperanza, porque El me ha consolado. (*Psa.* XXXVI, 3.)

Así que el profeta le daba gracias de haberle humillado después que pecó,

pues por este medio le había onseñado á observar la divina ley. (*Ps.*, CXVIII, 71.) La aflicción del pecado es á un mismo tiempo un castigo y una gracia, dice San Agustín. Es un castigo, por respeto á sus pecados; pero es una gracia, porque libra de la pena eterna, y le da la seguridad de que Dios quiere ser misericordioso con tal que se corrija, y que acepte reconocido esta tribulación que le hace abrir los ojos y le vuelve á llamar á la vía de salud.

Dice San Bernardo que es imposible pasar de los placeres de la Tierra á los del Cielo. (*Ps.*, xxxvi, 7.) Así dice el Señor (*Dan.*, iv, 22): No envidies, hijo mío, al pecador que prospera en el vicio; prospera, es verdad, pero en su camino, no en el camino de Dios. Prospera á veces el pecador, á pesar de su mala conducta, mientras tú, que caminas por las sendas del Señor, te ves afligido. Mas se ha de aguardar el fin: el pecador será feliz en este mundo y desgraciado en la eternidad; tú, al contrario, serás afligido en la Tierra y feliz

en el Cielo. Regocíjate, pues, pecador, y da gracias al Señor cuando te castiga en esta vida, porque es una señal que quiere en el otro ser misericordioso contigo.

El Señor dice á Nabuco: quiero que por espacio de siete años te alimentes de heno como los brutos, para darte á entender que Yo soy el árbitro supremo, que doy y quito á mi placer los reinos á los hombres, y para que renuncies á tu orgullo. Así fué: este rey orgulloso se corrigió, dió gracias á su Dios (*De int. Dom., cap. XLV*), y el Señor le volvió el reino porque había mudado de conducta.

¡Ay de nosotros cuando Dios no nos castiga en la Tierra de los pecados que cometemos! Señal es que nos reserva para el castigo eterno.

¿Qué se ha de decir cuando el médico ve podridos los miembros de un enfermo y no los corta? ¿No se habrá de decir que abandona á aquel enfermo á la muerte? ¡Ay de aquellos pecadores á quienes el Señor ya no habla ni mues-

tra su indignación! Vendrá un día, dice el Señor, en que conoceréis quién soy Yo; entonces os acordaréis de las gracias que os habré hecho, y veréis, con grande confusión vuestra, cuán enorme es vuestra ingratitud. ¡Ay, pues, del pecador que no deja el vicio, y á quien permite el Señor, para castigarle, que alcance el objeto de sus deseos criminales! (*Ps.*, LXXX). Señal es ésta que Dios quiere pagarle en esta vida un poco de bien que ha hecho, reservándose castigarle en la eternidad por todos los pecados que ha cometido. (*Is.*, xxxvi, 10.) Porque el día de la venganza llegará; los pecadores serán rechazados del Paraíso y precipitados en el Infierno.

Alejad de mí, Señor, esta terrible misericordia. Si os he ofendido, ruégoos me castigáis en esta vida; pues que, si no queréis castigarme acá en la Tierra, seré castigado eternamente en la otra vida. Tal es la oración que San Agustín dirigía al Señor: castigadme ¡oh Dios mío! aquí en el mundo; cor-

tad, romped, á fin de que no hayáis de castigarme en la eternidad.

Jonás, cuando huía de Dios, dormía en el navío. Mas, viendo Dios que el desgraciado profeta estaba á punto de ser herido con la muerte temporal, le hizo llamar por el piloto.

Esto es lo que hace con vos el Señor en este momento; vos os habíais dormido en el pecado; vos os habíais privado de la gracia divina; en una palabra, estabais condenado al Infierno; llegó la calamidad, y esta calamidad es la voz de Dios que os dice: despiértate, pecador; tiempo es ya de pensar en lo que debes á ti y á tu alma; abre los ojos, ve el Infierno abierto á tus pies. ¡Cuántos desdichados fueron á él condenados por muchos menos pecados de los que tú has cometido, y tú duermes, y ni piensas siquiera en confesarte, ni en librarte de la muerte etternal Date prisa en salir de este lazo infernal en que te has metido; ruega á Dios que te perdone; ruégale, á lo menos, si no estás resuelto á corregirte, que te dé

luz para ilustrarte y para hacerte conocer el infeliz estado en que te hallas. Haced uso del aviso del Señor.

Jeremías vió primero una vara, después un vaso puesto en el fuego. San Ambrosio dice á este propósito, que, quien no se corrige por el azote temporal, será precipitado en el fuego eterno del Infierno. Pecadores, ya veis que el Señor, por medio de este azote, os habla al corazón y os llama á la penitencia. Decidme: ¿qué le respondéis? El hijo pródigo no pensó en su padre en tanto que pudo vivir en las delicias; mas cuando se vió reducido á la más espantosa miseria, cuando se vió abandonado de todo el mundo, y que, forzado á guardar cerdos, no podía ni aun alimentarse de su alimento, se arrepintió de sus faltas, y dijo en su corazón: ¡Cuántos domésticos están bien alimentados en la casa de mi padre, en tanto que yo muero aquí de hambre! Me levantaré y volaré á encontrar á mi padre. Así lo hizo, y fué acogido por su padre con la mayor ternura.

Ved lo que debéis practicar también. Ved qué vida tan desdichada se lleva cuando se vive alejado de Dios. Es una vida llena de hiel, de espinas y de amargura. Ni puede ser de otro modo, porque os hallabais en la enemistad del Señor, único que puede haceros feliz. Ved cuán dichosa es la vida de los servidores de Dios, quienes disfrutan de una paz continua, es decir, disfrutan de la paz del Señor, que, según el Apóstol, supera á todos los placeres de los sentidos. (*Philip.*, v, 7.) ¿Qué hacéis, pues? ¿No consideráis que sufrís y sufriréis dos infiernos, el uno en esta vida y el otro en la otra?

Animo, pues; decid también: *Iré á mi Padre*; salir quiero de este letargo mortal en que vivo sumergido y en estado de condenación; quiero volver á mi Padre Celestial. Verdad es que mucho le tengo ofendido, alejándome de El con sumo disgusto suyo; mas El es mi Padre todavía. Pero ¿qué diréis á vuestro Padre cuando á El volváis? Decidle lo que el hijo pródigo decía á

su padre: Padre mío, confieso mi falta; he obrado mal dejando á un padre que tanto me amaba; conozco que no soy digno de que me llaméis hijo vuestro; perdonadme y recibidme á lo menos en calidad de servidor, y castigadme después como os plazca.

¡Qué feliz seréis si habláis y obráis así! Os sucederá lo que al hijo pródigo, cuando el padre le vió á sus pies pidiendo perdón de su crimen; que, lejos de desecharle, le recibió en su casa, le estrechó entre sus brazos y le abrazó como hijo suyo. Le hizo después vestir con un traje precioso, lo cual significa que, si le imitamos, quedaremos revestidos de la gracia. Hizo celebrar una gran fiesta para expresar de un modo solemne la alegría que inundaba su alma por haber vuelto á encontrar este hijo perdido, á quien creía ya muerto. Animo, pues; verdad es que Dios está irritado, mas no por esto ha dejado de ser nuestro padre. Volvamos arrepentidos á sus pies; no tardará en aplacarse, y nos librará de las penas que he-

mos merecido. María ruega por nosotros y nos invita á unir nuestras súplicas con las suyas. Hijos míos, dice esta Madre de misericordia, pobres hijos míos, dirigíos á Mí y tendréis lugar para esperar. Mi Hijo me concede todo cuanto le pido. Vosotros estabais muertos á causa del pecado: venid á Mí, dirigíos á Mí y volveréis á encontrar la vida, esto es, la gracia divina, que recobraréis por mi intercesión.

(Acto de dolor.)

CAPÍTULO VII

DIOS NOS CASTIGA EN ESTA VIDA PARA
SER MISERICORDIOSO CON NOSOTROS
EN LA OTRA

*Ego quos amo corripo et
castigo.*

Yo corrijo y castigo á los
que amo.

APOC., XIII, 9.

CUANDO envió el Señor aquella terrible tempestad que amenazaba sumergir la nave en que iba Jonás, porque este profeta había transgredido el precepto divino de ir á predicar á Nínive, todo el mundo estaba sobrecogido de espanto, y cada cual se dirigía á su Dios, y solamente Jonás dormía tranquilo en el fondo del barco. Mas,

cuando se supo que Jonás era la causa de la tempestad, fué arrojado al mar y tragado por una ballena. Cuando se vió Jonás tan cercano á la muerte, se puso á rogar á Dios, y Dios le libertó. Jonás, cuando estaba en el navío, dormía tranquilamente en su pecado; mas, cuando llegó el castigo y se vió cercano á la muerte, abrió los ojos, se acordó de Dios é imploró su misericordia. Dios tuvo compasión de él é hizo que el pez le dejase sobre la orilla. Hay muchísimas personas que, no viendo el castigo del Cielo, duermen en el pecado y viven en el olvido del Señor. Mas el Señor, que no quiere su perdición, les envía calamidades para que despierten de este letargo de muerte, y, recurriendo á El, puedan alcanzar el verse libres de la muerte eterna. *Dios nos castiga en esta vida para ser misericordioso en la otra.*

Nosotros no hemos sido criados para esta Tierra, sino para obtener el Reino del Cielo. Por esto, dice San Agustín, nos hace el Señor percibir tanta amar-

gura en las delicias del mundo, á fin de que pensemos en El y en la vida eterna. Si, á pesar de todas las aflicciones, estamos tan pegados á esta vida que deseamos poco el Paraíso, ¿qué caso haríamos de él si Dios no mezclase acíbar en todos los placeres terrestres? Los castigos de Dios son hijos de su amor; son penas, es verdad; pero penas que nos libran de las penas eternas y nos conducen á la eterna felicidad. (I *Cor.*, 11.) Tal era el sentir de Judith sobre las aflicciones de los hebreos. (*Judith*, VIII, 27.) Tobías decía también: Señor, Vos nos castigáis para que podáis usar de misericordia en la otra vida; nos castigáis porque no queréis que nos perdamos. (*Tob.*, III, 21.)

El mismo Dios declara que castiga en este mundo á todos aquellos que ama, con el fin de corregirles. (*Apoc.*, III, 19.) La severidad que se despliega hacia una persona que se ama, muestra que se le quiere ser útil. ¡Ay de aquellos pecadores que prosperan en esta vida! Esta prosperidad es, según San Agustín, el

mayor de los castigos; porque, cuando Dios no pide cuenta de los pecados y no castiga, señal es que está fuertemente irritado.

«Yo te llamo, hijo mío, y tú haces del sordo; tú no quieres escuchar mi voz; date prisa á corregirte; de otra manera, me veré forzado, por culpa tuya, á tratarte severamente. Yo no procuraré ya más tu salud; te dejaré vivir en tus pecados; no te castigaré en este mundo, para castigarte en el otro.» (*Ezech.*, xvi, 32.) Cesa, pues, de despreciar la voz del Señor: si no te corriges, recibirás en el día del Juicio la pena de tu obstinación; tú serás condenado á la pena eterna del Infierno. (*Rom.*, ii, 4.) Así que, según San Jerónimo, no puede haber mayor castigo que el de no ser castigado por los pecados en esta vida. Menos penoso es estar enfermo que carecer de remedio para curar la enfermedad. No recibió la Inglaterra castigos temporales en el instante en que se rebeló contra la Iglesia; antes bien, sus riquezas aumentaron

en aquella época; pero el mayor de los castigos fué que el Señor la dejase perecer en la prosperidad. Grande castigo es el no ser castigado de la culpa en esta vida; pero es castigo aún mayor el prosperar durante una mala vida.

Job preguntaba al Señor: ¿Cómo es que los pecadores, en vez de ser humillados, afligidos ó arrancados de este mundo, disfrutan de todos los placeres de la salud, de las riquezas y de los honores? El mismo Job responde: ¡Desgraciados de ellos! Disfrutan por pocos días de los bienes que poseen; pero da la hora fatal y son heridos de improviso, sobreviene el castigo, y los infelices son arrojados á las llamas eternas. (*Job.*, XXI, 7-13.)

Los antiguos no hacían trabajar los animales destinados á los sacrificios; antes bien, los engordaban para inmolarlos después. Lo mismo hace Dios con los obstinados: los abandona, les deja engordar en los placeres de este mundo, y los sacrifica después en la otra vida á la Justicia divina. (*Ps.*, LXXII, 2.)

¡Qué pena la de un pobre enfermo que sueña haberse vuelto rico y poderoso en el momento en que, despertando, reconoce que es tan pobre y tan enfermo como era antes! (*Ps.*, XXXVI, 20-35.) La felicidad del pecador desaparece, como el humo, al primer soplo del viento. El Señor permite, algunas veces, que un pecador se eleve á mayor altura para que sea más terrible su caída. (*Ps.*, LXXII, 18.)

Si el enfermo sufre el hambre ó la sed por orden del médico, es una señal de que se espera su curación; mas cuando el médico le deja comer y beber lo que quiere, y tanto como quiere, es una prueba que el médico le ha abandonado. Así, dice San Gregorio, cuando el Señor permite que el pecador salga bien en sus designios criminales, es una señal de su perdición. (*Prov.*, I, 32.) La prosperidad del pecador, dice San Bernardo, es la señal de su condenación, como el relámpago lo es del rayo. El mayor castigo que el Señor puede enviar al pecador es el de permitir que

duerma en su pecado, sin advertir el sueño de muerte en que se halla. (*Jerem.*, LI, 37.)

Vivan, pues, los pecadores á su gusto, disfruten en paz de sus placeres; dará la hora de la muerte y serán presos por el pecado, como el pez en el anzuelo. (*Eccles.*, IX, 12.) Si vierais á un infeliz condenado á muerte holgarse en un festín, aun cuando tuviese la cuerda al cuello, y que debiese ser ejecutado dentro de breves instantes, ¿tendríais su estado por digno de envidia ó de compasión? Este culpable es el pecador que se regocija en el vicio: no enviemos su posición. Prendido está, por decirlo así, en el anzuelo; el demonio le tiene ya en las redes del Infierno. Cuando el tiempo de su castigo haya llegado, verá su perdición, pero demasiado tarde y sin remedio.

Al contrario, es buena señal cuando un pecador se ve afligido y castigado en esta vida. Cuando el médico hace sufrir, parece cruel, pero no lo es: hierre para curar. Así obra Dios, y El mis-

mo nos lo asegura. (*Apoc.*, III, 19.) Hijo mío, dice El, Yo te amo, y por esto mismo te castigo. Mira cuán bueno soy para ti: empieza, pues, tú á sérlo conmigo: haz penitencia de tus pecados. Si deseas que te haga gracia del castigo que mercedes, recibe, á lo menos, con paciencia las aflicciones que te envío para tu bien. La cruz que te aflige es la voz mía; Yo te llamo para que vuelvas á mis brazos: aléjate del Infierno que va á devorarte. Yo llamo á la puerta de tu corazón: ábrela. Cuando un pecador que me ha arrojado de su corazón me abre la puerta, entro luego en él para morar allí para siempre. (*Apoc.*, III, 20.) Yo estaré con él en esta vida, y, si continúa siendo fiel á mi Ley, le haré sentar en el Reino eterno.

¿Cómo, pues, os quejáis de Dios cuando El os castiga? Deberíais, antes bien, darle muy humildemente las gracias. Si un criminal, condenado á muerte, recibiese su gracia con condición de estar encarcelado durante una hora,

¿creyerais que tendría razón de quejarse? Y, si tal hiciera, ¿no sería muy del caso que el príncipe revocase la sentencia de gracia y que le mandase al suplicio que había merecido? ¡Por cuánto tiempo y cuántas veces habéis merecido el Infierno á causa de vuestros pecados! El Infierno ¡ah!, ¿sabéis lo que es el Infierno? El Infierno es tan terrible, que pasar en él un solo momento es más horroroso y cruel que sufrir por siglos enteros los padecimientos de todos los mártires. Este Infierno vos lo habéis merecido, y os quejáis todavía de que el Señor os envíe tribulaciones, enfermedades, pérdidas, persecuciones. ¡Ah! Dad más bien gracias á la divina bondad, y decidle: poca cosa es por mis pecados; yo debería estar en el Infierno, ser abandonado de todo el mundo y desesperado; yo os agradezco, Señor, el que me llaméis á Vos por la aflicción que me habéis enviado.

Con razón, pues, hemos llamado infeliz al pecador que no es castigado en esta vida; pero más desdichado es to-

davía si, siendo castigado, no se corrige. No es desgracia el ser afligido por el Señor en la Tierra á causa de los pecados que se han cometido; pero es una desgracia el no enmendarse, y dormirse en el pecado á pesar del castigo. (*Ps.*, LXXIV, 6.) Los castigos que Dios envía, parece que inclinan á estos pecadores obstinados á dormir más tranquilamente. (*Amós*, III, 7.) Yo os he querido, dice el Señor, para que volvierais á Mí; pero vosotros, ingratos, os habéis hecho sordos á mi llamamiento. ¡Ay del pecador á quien Dios visita por medio de castigos y contradicciones, y que, en vez de ablandarse y arrepentirse, se endurece siempre más, como el yunque bajo los golpes del martillo! (*Job.*, XLI, 14.) Parécese al impío Achaz, que, en vez de humillarse, se hace más orgulloso y más culpable. (*II Par.*, XXVIII, 22.)

Lejos de nosotros tan lamentable desgracia; no abusemos más de la misericordia celeste. No imitemos á aquellos animales que se indignan y se irritan contra aquel que los hiere. Cuando sin-

tamos el golpe, acordémonos de nuestros pecados y digamos con los hermanos de José: Con mucha razón nos castigáis, Señor; nosotros os hemos ofendido, siendo Vos nuestro Padre y nuestro Dios. (*Ps.*, cxviii, 137. *Dan.*, iii, 30.) Vos sois justo, Señor, y nos castigáis con razón. Aceptamos los dolores que nos enviáis; dadnos la fuerza necesaria para sufrirlos con paciencia. Si el Señor continúa afligiéndonos, dirijámonos á la Consoladora de los afligidos. Todos los santos compadecen nuestras desgracias; mas, dice San Antonino, no hay quien tanto se interese en nuestras penas como la Santa Virgen. Ricardo de San Lorenzo añade que esta Madre de misericordias no puede ver desgraciados que sufran sin socorrerlos, desde el instante en que imploran su protección.

(*Acto de dolor.*)

CAPÍTULO VIII

LAS ORACIONES APLACAN AL SEÑOR
Y NOS LIBRAN DE LAS PENAS
QUE TENEMOS MERECIDAS,
CON TAL QUE QUERAMOS CORREGIRNOS

*Petite et accipietis, querite
et invenietis.*

Pedid y recibiréis, buscad
y hallaréis.

JOAN., XVI, 24.

DIOS es la bondad infinita por esencia; así tiene naturalmente un deseo inmenso de librarnos de nuestros males, de hacernos felices y partícipes de su beatitud. Quiere, no obstante, y por nuestro provecho, que le pidamos las gracias necesarias para quedar libres de los castigos que hemos mereci-

do, y para llegar á la felicidad eterna. El Señor ha prometido escuchar al que le pide y al que espera en su bondad. Quiero, pues, convenceros de que las súplicas aplacan á Dios; y que, si queremos corregirnos, nos librarán de las penas que hemos merecido.

Para vernos libres de la calamidad que actualmente nos allige, y sobre todo del castigo eterno, preciso es que roguemos y que esperemos; y, además, es necesario que roguemos y que esperemos como se debe. La súplica es tan poderosa, que suspende el castigo y alcanza el perdón. Dios hace las mayores promesas al que ruega. (*Ps.*, XLIX, 15.) Invócame, dice el Señor: Yo te libraré de todas las desgracias (*Job*, xxxiii, 3); pide y te escucharé. (*Job*, xv, 7.) Pedid, pues, lo que quisiereis, y lo alcanzaréis: la oración puede conseguirlo todo.

Dios concede al que ruega mucho más de lo que pide: *dat omnibus affluenter*. Atended á lo que añade: *nec impropérat*. Si pedís algún favor á per-

sonas á quienes habéis ofendido, se os maltrata, se os echa en cara lo que habéis obrado. No se porta Dios así con nosotros; si le pedimos alguna gracia para la salud de nuestra alma, no nos increpa por las ofensas pasadas; nos escucha y nos consuela, como si le hubiésemos servido con fidelidad toda la vida. «¿Por qué os quejáis de Mí, dice el Señor? Quejaos más bien de vosotros mismos, porque no habéis pedido las gracias que podíais obtener por medio de la oración. Pedidme en adelante todo lo que queráis; Yo os escucharé. (*Joan.*, XIV, 14.) Si no tenéis mérito para obtener, dirigíos en nombre mío al Eterno Padre, rogadle por mis méritos, y os aseguro que alcanzaréis todo lo que deseareis.» (*Joan.*, XVI, 23.) Los príncipes de la Tierra dan rara vez audiencia, y no reciben sino pocas personas; mas Dios recibe siempre, escucha y atiende á todos cuantos le invocan.

Fiaos, pues, de estas grandiosas promesas que hallamos tan á menudo repetidas en las Santas Escrituras; pida-

mos siempre las gracias que nos son necesarias para salvarnos; pidamos el perdón de nuestros pecados; pidamos la gracia, el santo amor, la resignación á la voluntad del Cielo; pidamos una buena muerte y el Paraíso. Con la oración lo obtendremos todo; sin la oración no conseguiremos nada. Los Santos Padres y los teólogos enseñan que la oración es necesaria á los adultos de necesidad de medio, es decir, que nadie sin ella puede salvarse. Lesio dice ser de fe que la oración es esencialmente necesaria para alcanzar la salud eterna, y lo prueba por la Escritura Santa: el que pide consigue, el que no pide no consigue. Estas palabras, *petite, orate, oportet*, contienen, según Santo Tomás y los teólogos, un precepto absoluto. Roguemos, pues, roguemos con grande confianza; fíaos en las promesas divinas; porque Dios, dice San Agustín, se ha obligado á nosotros por sus promesas. El lo ha prometido; de consiguiente, imposible es que falte á su palabra. Roguemos, pues, esperemos, y estemos

seguros de nuestra salvación. Nunca se ha perdido ninguno de los que han esperado en Dios. (*Eccl.*, II, 11. *Ps.*; XVII, 31.) Mas ¿cómo acontece que muchos piden la gracia sin conseguirla? Porque no la piden como deben. (*Jac.*, IV, 3.) Así que no basta pedir y esperar, sino que también es necesario pedir y esperar como se debe.

Dios tiene grande deseo de librarnos de los males, y de hacernos partícipes de todos sus bienes; mas, para oírnos, quiere que se lo pidamos como corresponde. ¿Cómo pudiera escuchar Dios á un pecador que, mientras está rogando para ser libertado de los castigos, no quiere dejar el pecado que es la causa de aquéllos? Cuando el impío Jeroboán levantó la mano para herir al profeta que le echaba en rostro sus crímenes, el Señor le dejó la mano inmóvil. Entonces el rey rogó al varón de Dios que alcanzase del Cielo la curación de su mano. El insensato pedía al profeta que intercediese para curarle, y no le hablaba de obtener el perdón de su pecado.

Así sucede con muchos pecadores que piden á Dios les libre de los azotes y se dirigen á los siervos del Señor á fin de que detengan con sus ruegos los castigos, mas no ruegan para alcanzar la gracia de dejar el pecado y de mudar de vida. ¿Cómo, pues, estos desgraciados pretenden substraerse al castigo sin que sueñen siquiera en alejar la causa? ¿Qué es lo que arma la mano del Señor? ¿Quién pone en ella el rayo para herirnos? El pecado. El pecado es una obligación que nosotros mismos hemos firmado, y que depone contra nosotros. Cuando prevaricamos, nos obligamos voluntariamente á soportar el castigo.

Jeremías exclama: ¡Oh espada del Señor! ¿Cuándo querrás cesar de herir á los hombres? Detente al fin, y vuelve á la vaina. Mas ¿cómo puede detenerse, si los pecadores no cesan de prevaricar, y el Señor ha mandado á las calamidades que le dejen vengado en tanto que los pecadores continúen viviendo en el pecado? (*Jerem.*, IV, 6, 7.) Nosotros ha-

ceinos novenarios, distribuimos limosnas, ayunamos, rogamos; ¿cómo, pues, no quiere oírnos el Señor? Escuchad la respuesta que os da El mismo: ¿Cómo queréis que escuche las súplicas de los que solicitan obtener el perdón del castigo sin acordarse de alcanzar el perdón de los pecados, á los cuales no quieren renunciar? ¿De qué sirven los ayunos, las limosnas, las víctimas, si no quieren mudar de vida? (*Jerem.*, xiv, 12.)

No os fiéis, pues, de todas estas exterioridades: preciso es, más que todo, dejar el pecado. Hay quienes se afanan en orar, en herirse los pechos; pedir misericordia; pero esto no basta. También rogaba el impío Antíoco; pero sus súplicas no le atrajeron la misericordia del Señor. Este infeliz, devorado por los gusanos y cercano á morir, se dirigía al Señor para ser librado; mas, como no tenía dolor de sus pecados, quedó privado de misericordia. ¿Cómo es posible escapar del castigo cuando no se quiere abandonar el pecado? ¿Cómo

pueden socorrernos los santos si no cesamos de irritar al Señor? Los hebreos tenían también á Jeremías que rogaba por ellos; mas ni con todas las súplicas del profeta pudieron escapar del castigo, porque no dejaron el pecado. No podemos dudar que las súplicas de los santos son utilísimas para alcanzarnos la divina misericordia; pero lo son en cuanto nos ayudamos nosotros mismos y hacemos todos los esfuerzos posibles para desterrar el vicio, para huir las ocasiones, para reconciliarnos con Dios.

El emperador Focas levantaba murallas y multiplicaba todos los géneros de defensa posibles; mas una voz del Cielo le dijo: ¡Oh Focas! ¿De qué te sirven todos estos trabajos que emprendes para defenderte de los que están afuera? Cuando el enemigo está dentro, la plaza se halla siempre en el mayor peligro.

Es, pues, necesario arrojar de nuestro corazón el enemigo, es decir, el pecado; sin esto, ni el mismo Dios puede substraernos del castigo, porque Dios es

justo y no puede dejar impune el pecado. Los habitantes de Antioquía rogaron á la Santísima Virgen que les librase de un grande mal que les amenazaba. San Bertoldo, que se hallaba en la ciudad, oyó á la Virgen que desde el Cielo decía: Dejad el pecado, y Yo os libraré.

Roguemos, pues, al Señor que sea misericordioso; pero roguémosle como hacía David: *Deus in adiutorium meum intende*: Señor, ayúdame. Muy bien quiere Dios ayudarnos; pero quiere también que nosotros nos ayudemos á nosotros mismos, y que hagamos por nuestra parte todo lo que podemos hacer. El que quiere ser ayudado, debe primero ayudarse él mismo. Dios quiere salvarnos; pero no debemos pretender que Dios lo haga todo, sin hacer nosotros nada. Dice San Agustín: El que te crió sin ti, no te salvará sin ti. ¿Qué pretendéis, pues? ¿Queréis tal vez que el Señor os conduzca al Paraíso con todos vuestros pecados? Provocáis sobre vosotros los castigos del Cielo,

¡y queréis que de ellos os libre Dios!
¡Queréis condenaros, y pretendéis que
Dios os salve!

Si verdaderamente tenemos la intención de convertirnos, roguemos al Señor con confianza. Aun cuando hubiéramos cometido todos los pecados del mundo, podemos alcanzar misericordia, con tal que roguemos y que tengamos firme voluntad de corregirnos. *Omnis qui petit, accipit.* Pidamos á Dios en nombre de Jesucristo, el cual nos prometió que su Eterno Padre nos concedería todo lo que le pidiéramos por sus méritos y en su nombre. Pidamos de continuo: obtendremos todas las gracias, y nos salvaremos. San Bernardo nos exhorta á dirigirnos á Dios por la mediación de María; no puede dudarse que Ella ruega á su Hijo por nosotros todas las veces que se lo pedimos. María alcanza todo lo que solicita; imposible es que sus súplicas no sean oídas por su Hijo, que tanto la ama.

(*Acto de dolor.*)



CAPÍTULO IX

LA SANTÍSIMA VIRGEN ES MEDIADORA ENTRE DIOS Y EL PECADOR

*Ego murus, et ubera mea
sicut turris.*

Yo soy como un muro, y
mi seno es como una torre
para aquellos que imploran
mi protección.

CANT., VIII, 10.

LA gracia divina es un tesoro inestimable, pues nos hace amigos del Señor. (*Sap.*, VII, 14.) El mayor de los bienes es la gracia de Dios, así como el más horrendo de los males es caer en la desgracia del Señor por el pecado, que nos hace enemigos de Dios. (*Sap.*, XIV, 9.) Mas, si habéis perdido la gracia de Dios por el pecado, no os

abandonéis á la desesperación. Consolaos, porque Dios os ha dado á su mismo Hijo, que puede, si queréis, obtener el perdón de vuestras faltas, y haceros recobrar la gracia que habéis perdido. (*Joan.*, II, 2.) ¿Qué temor podéis tener, dice San Bernardo, si os dirigís á este gran Mediador? El lo puede todo para con su Eterno Padre; El ha satisfecho por vos á la justicia divina; clavó en su cruz vuestros pecados y os ha librado de ellos. Mas si, á pesar de todo esto, añade, teméis dirigiros á Jesucristo; si os espanta su majestad divina, Dios os ha dado una Protectora cerca de su Hijo: tal es la Santísima Virgen María.

María es Mediadora universal entre Dios y el pecador. Ved lo que el Espíritu Santo le hace decir en los *Cantares* (*Cant.*, VIII, 10): Yo soy el refugio de todos aquellos que á Mí se recomiendan: mi seno, es decir, mi misericordia, es un lugar de seguridad para todos aquellos que le buscan: sepan todos cuantos se hallan en desgracia del

Señor, que Yo he sido puesta en el mundo para restablecer la paz entre Dios y los pecadores. Se dice en los *Cantares* que María es bella como las tiendas de Salomón. (*Cant.*, xiv.) En las tiendas de David no se trataba sino de guerra, al paso que en las de Salomón no se trataba sino de paz: lo cual significa que, en el Cielo, María no se ocupa sino en alcanzar la paz y el perdón para nosotros, pobres pecadores. Ella no se emplea en otra cosa que en rogar á Dios sin cesar por nosotros: sus súplicas son muy poderosas para obtener todas las gracias, con tal que nosotros no las rehusemos. Y ¿qué? ¿Habría hombres capaces de rehusar los favores que esta Madre divina está dispuesta á obtener para ellos? Sí, existen tales hombres. El que no quiere renunciar al pecado, dejar sus relaciones peligrosas; el que no quiere evitar las ocasiones ó restituir el bien de otro; todos, todos éstos rehusan los favores de María; ellos los rechazan, porque María quiere obtenerles la gracia de dejar el pecado, y ellos

no quieren hacerlo. Mas no por esto deja de tener compasión de nosotros: Ella ve de lo alto de los Cielos todas nuestras miserias y todos nuestros peligros; Ella siempre tiene para nosotros la ternura de una madre; Ella procura siempre socorrernos.

Un día Santa Brígida oyó que Jesucristo decía á María: Pedidme, Madre mía, todo lo que queráis; y Ella le respondió: Hijo mío, ya que Vos me habéis constituido Madre de misericordias y Protectora de los pecadores, os pido únicamente que seáis misericordioso con estos desgraciados. En una palabra, entre todos los santos del Cielo, ninguno hay, según San Agustín, que más desee nuestra salud que María, ni que se ocupe más que Ella en alcanzarla de Dios por sus oraciones.

Lamentábase Isaiás con el Señor, y le decía (*Is.*, *cxiv*, 7): Con razón estáis indignado á causa de nuestros pecados, y nadie hay que pueda interceder por nosotros y aplacar vuestro furor. Observa San Buenaventura que

en aquella época podía el Profeta hablar en éstos términos, porque María no existía aún; mas, si hoy día un pecador, á punto de ser castigado por el Señor, se encomienda á María, desde que Esta ruega por él ablanda á su divino Hijo y libra á este pecador del castigo. Nadie tiene tanto poder como María para detener el cuchillo de la divina Justicia: San Andrés la llama Pacificadora entre Dios y los hombres; San Justino la da el nombre de *sequestra*, es decir, de *árbitra*, encargada de conciliar los intereses de las partes litigantes, porque á Ella es á quien remite Jesucristo los derechos que tiene como Juez sobre el pecador, á fin de que negocie la paz; y, por otro lado, el pecador se entrega también en manos de María, y entonces María procura al pecador el arrepentimiento y el cambio de vida; después le alcanza el perdón de su Hijo, y así es como queda concluída la paz. Tal es el empleo sublime en que no cesa de ejercitar su misericordia.

Cuando vió Noé que había terminado el diluvio, dejó salir la paloma del Arca. Volvió á entrar poco tiempo después la paloma, llevando en su pico un pequeño ramo de olivo, que significaba que Dios concedía la paz al mundo. Esta paloma es, según San Buenaventura, la imagen de la Santísima Virgen. Vos sois, ¡oh María!, la paloma de la paz; Vos intercedéis cerca de Dios para todos aquellos que os invocan, y les alcanzáis la paz y la salud. Pregunta un autor por qué en la Antigua Ley se mostraba Dios tan severo y castigaba con diluvios, con lluvias de fuego y con otros castigos terribles, cuando es ahora con nosotros tan misericordioso, aunque cometemos mayores pecados; y responde que Dios obra así por respeto á la Santa Virgen, que intercede por nosotros. Largo tiempo habría que la Tierra se hubiera hundido en el abismo, si la Santa Virgen no lo hubiese impedido con sus súplicas. Por esto quiere la Iglesia que llamemos á esta divina Madre *nuestra esperanza: spes*

nostra, salve. No podía sufrir el impío Lutero que la Iglesia nos enseñase á hablar así; pretendía que Dios sólo debía ser nuestra esperanza, y no una criatura, porque el Señor maldice al que pone su confianza en una criatura. (*Jerem.*, XVII, 5.) Verdad es; mas esto no debe entenderse sino de aquel que pone su confianza en las criaturas, con absoluta independendencia de Dios, ó por cosas que le ofenden. Pero nosotros esperamos en María, porque es nuestra Mediadora. Así como Jesús es nuestro Mediador de justicia para con su Eterno Padre, porque en virtud de su Pasión obtuvo, á título de justicia, el perdón de los pecadores que se arrepienten, asimismo es María nuestra Medianera de gracia junto á su Hijo, porque por sus oraciones obtiene todo lo que desea, y es la voluntad del Hijo que todas las gracias pasen por las manos de su Madre, dice San Bernardo. (*Serm. de Aqued.*) El Señor tiene confiado á María el tesoro de todas sus misericordias, porque quiere que nos-

otros reconozcamos tener por su medio todo el bien que quiere El concedernos. Así, decía San Bernardo, que era Ella su grande motivo de confianza, la razón de su esperanza, y exhortaba á todos los hombres á pedir la gracia por María. La Iglesia, á pesar de todas las blasfemias de Lutero, continúa haciéndonos llamar á María esperanza nuestra.

Los santos dan á María los títulos de *escalera de los pecadores*, *astro conductor*, *ciudad de refugio*. Y he aquí la razón. El pecado es el que nos separa del Señor (*Is.*, LIX, 3), pues de un alma que tiene la gracia se dice que está unida á Dios, y Dios está unido á ella. (*S. Joan.*, IV, 16.) Mas, cuando dejamos al Señor por el pecado mortal, nos separamos de Dios y caemos en un abismo de miseria: tan distantes, pues, nos ponemos de Dios como lo está el pecado mismo. Y ¿cómo pudiera el pecador salir de tan miserable estado sin una escala mística que le uniese de nuevo á su Dios? Esta escala mística es María: el pecador, cualquiera que

sea la enormidad de sus crímenes, no tiene más que dirigirse á Ella; Ella le tenderá la mano para ayudarle á salir del fango en que ha caído.

San Juan Damasceno la llama ciudad de refugio. En la antigua Ley había cinco ciudades de refugio; es decir, que el criminal que podía llegar á ellas estaba al abrigo de las persecuciones de la justicia. En el día no hay ya ciudades que gocen de semejantes privilegios; pero tenemos una, que es María: todos los que tomen asilo en Ella, estén seguros de ser perdonados por la Justicia divina. Estas ciudades no ofrecían seguridad á todos los culpables, ni para todos los crímenes; pero María acoge y salva á cuantos se acogen en su seno, por culpables que sean.

María no se desdeña de interesarse por los pecadores; al contrario, encuentra en ello un placer. Después del título de Madre de Dios, nada le es más agradable que el de abogada de los pecadores. María fué escogida Madre de Dios para que los pecadores obtuvie-

sen su salud por la intercesión de su misericordia.

María atrae á Sí y á Dios los corazones endurecidos, como el imán atrae al hierro, con tal que estos corazones endurecidos deseen salir del estado infeliz en que se encuentran. ¡Ah! Si todos nosotros tuviésemos este deseo al recurrir á María, Ella nos salvaría á todos. ¿Qué temor puede tener un pecador que se encomienda á María, cuando María misma se ofrece á ser su Protectora y su Madre? La Madre de las misericordias ¿no rogará al Salvador por un alma que Este ha rescatado al precio de su sangre? No hay que dudarlo: María intercederá, pues sabe que Dios, que ha puesto á su Hijo como Mediador entre El y el hombre, la crió para que fuese Medianera entre el Juez y el culpable.

Alienta, pues, pecador miserable; dad gracias al Señor, que para usar con vos de misericordia os dió, no solamente á su Hijo por Abogado, sino también á su Madre por Mediadora.

Ella es, dice San Agustín, la única esperanza de los pecadores. San Buenaventura añade: Si teméis que Dios no os deseche en su cólera, recurrid á la esperanza de los pecadores, recurrid á María. Ella no puede desecharos porque seáis en demasía infeliz, pues se emplea en socorrer á los desgraciados. Lo mismo dice Guillermo de París. Todos, pues, los que se dirijan á María, díganle con Santo Tomás de Villanueva: ¡Oh Madre de Dios! Pues que Vos sois la protectora de los desgraciados, ejerced vuestra prerrogativa, ayudadme, porque yo soy muy desgraciado; perdido soy si no me socorréis. Añadid luego con San Agustín: Acordaos ¡oh Reina clementísima! que, desde que existís, jamás se ha oído decir, de ninguno de cuantos han reclamado vuestra intercesión, que haya sido abandonado. No permitáis, pues, que llegue á tanto mi infelicidad, que sea abandonado de Vos después de haberos invocado.

(Acto de dolor.)



DEPRECACIONES
A JESÚS Y MARÍA
PARA ALCANZAR
ALGUNOS ESPECIALES BENEFICIOS

A JESÚS

Para alcanzar la pobreza de espíritu.

Señor mío Jesucristo: por los admirables ejemplos de pobreza que me disteis en el portal de Belén la noche de vuestro nacimiento, y después en todo el discurso de la vida, hacedme amante de la pobreza de espíritu, no teniendo pegado mi corazón á las cosas de la tierra; y de las faltas que contra esta virtud he cometido me pesa por ser Vos quien sois, proponiendo firmemente la enmienda.

Para alcanzar la obediencia.

Señor mío Jesucristo: por áquella rendida obediencia que tuvisteis al Padre Eterno, hasta la muerte, á María Santísima vuestra madre, y á su castísimo Esposo San José en vida, dadme que en todo obedezca vuestros mandamientos, y á mis superiores; que, de cuanto he faltado contra esta virtud, me pesa por ser Vos quien sois, y propongo firmemente la enmienda.

Para alcanzar el don de oración.

Señor mío Jesucristo: por la oración que hicisteis en el desierto antes de comenzar á predicar, en el monte antes de elegir á los Apóstoles, y en el huerto antes de morir, concededme el don preciosísimo de la oración, para que, tratando primero con Vos todos mis negocios, sean acertadas mis resoluciones; y de los frecuentes defectos que contra esta virtud he cometido me pe-

sa por ser Vos quien sois, con propósito firme de la enmienda.

Para alcanzar el celo de las almas.

Señor mío Jesucristo: por aquel ardentísimo celo con que procurasteis la salvación de los hombres, no perdonando á trabajo alguno por ganar sus almas, que después redimisteis con el precio de vuestra sangre, haced que día y noche coopere al fin de la redención, trabajando sin cesar en que no seáis ofendido; y porque no lo he practicado así, me pesa por ser Vos quien sois, con propósito firme de la enmienda.

Para alcanzar el acierto en las palabras.

Señor mío Jesucristo: por aquellas palabras de vida eterna que salían de vuestra boca, con que alababais al Padre Celestial y enseñabais á los hombres el camino de la salvación; dadme que éstos sean los rectísimos fines de

mis palabrás, sin herir con ellas ni aun ligeramente á mis prójimos ; y de todos los pecados que con mi desenfrenada lengua he cometido me pesa por ser Vos quien sois, proponiendo firmemente la enmienda.

Á MARÍA SANTÍSIMA

Para alcanzar la castidad.

Señora y Madre mía: por aquella admirable pureza que consagrasteis á Dios con voto en los primeros años de vuestra vida, y conservasteis sin la menor mancha hasta la muerte, siendo Virgen y Madre aun después de dar á luz á Jesucristo, alcanzadme la pureza de alma y cuerpo que os pido en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las cosas, con dolor de haberle ofendido.—(*Tres Avemarías.*)

Para alcanzar la humildad.

Señora y Madre mía: por aquella humildad profundísima con que os con-

fesasteis esclava del Señor al mismo tiempo que os escogía para Madre de su Unigénito y Reina de todo lo criado, alcanzadme una humildad verdadera, con pleno conocimiento de mi nada, que sirva de fundamento sólido al edificio de mi perfección: hacedme este beneficio, que os ruego en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las cosas, con dolor de haberle ofendido.—(*Tres Avemarías.*)

Para alcanzar la modestia.

Señora y Madre mía: por aquella singularísima modestia que guardasteis en vuestro porte y trato con las criaturas, viviendo tan entregada á la familiar comunicación con Dios, como retirada de los hombres, alcanzadme una afición muy particular á la modestia, al silencio y al retiro: no me neguéis este favor, que os suplico en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre to-

das las cosas, con dolor de haberle ofendido. (*Tres Avemarías.*)

Para alcanzar el amor de Dios.

Señora y Madre mía: por aquella ardentísima caridad con que amasteis á la bondad divina desde que os amaneció el uso de la razón, creciendo tanto en vuestro pecho la llama de aquel incendio sagrado, que os consumió la vida, alcanzadme ésta y las demás virtudes teologales en grado heroico á gloria del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las cosas, con dolor de haberle ofendido y propósito firmísimo de la enmienda.— (*Tres Avemarías.*)

FIN

DE LA CONFORMIDAD
CON
LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

EXCELENCIA DE ESTA VIRTUD

TODA nuestra perfección consiste en amar á nuestro Dios, infinitamente amoroso: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* (Col., III, 14.) Pero la mayor perfección en el amor divino consiste en la estrecha unión de nuestra voluntad con la de Dios; porque, según San Dionisio el Areopagito (*De Div. Nom.*, c. IV), es el principal efecto del amor la unión de los corazo-

nes que se quieren hasta el punto de hacer que anide en ellos una misma voluntad. De esto se deduce claramente que, cuanto mayor sea la unión con la voluntad de Dios, mayor será también el amor que se le profese. Ciertamente es que mortificaciones, meditaciones, comuniones y obras de caridad al prójimo son cosas muy agradables al Señor. Pero ¿cuándo? Cuando se hallan conformes con su voluntad; de otro modo, lejos de serle gratas, las detesta y las castiga. Dado el caso de existir dos criados, uno de los cuales trabaje todo el día, sin descansar un solo instante, pero empeñado en hacerlo todo á su antojo, y el otro, sin molestarse tanto, obedezca en todo y por todo á su dueño, es muy natural que éste prefiera el segundo al primero. ¿Pueden en ningún caso nuestras obras servir para la gloria de Dios, no siendo ejecutadas á su gusto? El Señor no pide sacrificios, dice el Profeta á Saúl; lo que quiere, sí, es obediencia á sus órdenes. *Numquid vult Dominus holocausta et victimas, et non potius ut*

obediatur voci Domini?... Quasi scelus idolatriæ est nolle acquiescere. (I Reg., xv, 22.) Quien pretenda seguir su propia voluntad, dejando á un lado la de Dios, comete, hasta cierto punto, una especie de idolatría; ya que en este caso, en vez de adorar la voluntad divina, adora la suya.

Así, pues, cumplir en un todo la santa voluntad de Dios constituye la mayor gloria que podemos procurarle. Esto principalmente es lo que nos enseñó nuestro divino Redentor con su ejemplo, cuando descendió al mundo para establecer en él la gloria de su Padre. He aquí cómo hace hablar San Pablo al Eterno: *Hostiam et oblationem nolui- sti; corpus autem aptasti mihi... Tunc dixi: Ecce venio... ut faciam, Deus, voluntatem tuam.* (Heb., x, 5.) Rehusasteis las víctimas que los hombres os ofrecieron: queréis que os sacrifique el cuerpo que me concedisteis; dispuesto estoy á cumplir vuestra voluntad.— El mismo Salvador protestó distintas veces de que había venido á la Tierra,

no á hacer su voluntad, sino la de su Padre. *Descendi de cælo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me. (Joan., VI, 38.)* Quiso que el mundo conociera el amor que tenía por su Padre mirándole obedecer su voluntad, la cual exigía que se sacrificara por la salvación de los hombres. Esto es precisamente lo que dijo al comparecer delante de sus enemigos que debían prenderle para llevarle á la muerte: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicus mandatum dedit mihi Pater sic facio; surgite, eamus hinc. (Joan., XIV, 31.)* También declaró que reconocería por hermano á quien hubiese hecho la voluntad de Dios: *Quicumque enim fecerit voluntatem Patri mei... ipse meus frater. (Mat., XII, 5.)*

Nunca tuvieron los santos otro objeto que hacer la voluntad de Dios, persuadidos de que consiste en esto toda la perfección de un alma. El bienaventurado Enrique Susón decía: «Dios no exige de nosotros que abundemos en

lucen, sino que nos sometamos en un todo á su voluntad». Y Santa Teresa decía: «Todo lo que en el ejercicio de la oración debe buscarse es la conformidad con la voluntad de Dios; y persuadidos de que en esto consiste la perfección más alta, el que más se distingue en esta práctica mayores dones recibirá de Dios, mayores adelantos hará en su vida espiritual». (*Cant. int.*, d. 2, cap. 1.)

Un día, estando en visión la bienaventurada Estefanía de Soncino, dominica, sintióse transportada al Paraíso, en cuya mansión pudo ver á muchas personas que había conocido en vida, colocadas entre los serafines; y fuéle al mismo tiempo revelado que esas almas habían obtenido tan alto grado de gloria por haber en vida sabido unir perfectamente su voluntad con la de Dios. El mismo bienaventurado Enrique Susón decía: «Prefiero ser por la voluntad de Dios el gusano más despreciable de la Tierra, que un serafín por la mía propia».

De los moradores de la Patria Celestial debemos aprender el modo de amar á Dios. El amor puro y perfecto que tienen al Señor consiste en la unión perfecta de sus voluntades. Si los mismos serafines llegaran á creer que cumplían la voluntad de Dios ocupándose por toda una eternidad en apartar la arena de las playas, ó en arrancar las malas hierbas de los campos, haríanlo, no tan sólo de buen grado, sino gustosos hasta el último extremo. Aun más: si Dios les manifestara su deseo de verles arder en los Infiernos, precipitaríanse al instante á este abismo de fuego, para conformarse con su santa voluntad. Por esto Jesucristo nos enseñó á pedir en la oración la gracia de poder llenar en la Tierra la voluntad de Dios, como lo hacen los santos en el Cielo: *Fiat voluntas tua, sicut in Cælo et in Terra.*

Apellida el Señor á David hombre según su corazón, porque ejecutaba siempre en un todo su voluntad: *Inveni David filium Jesse, virum secundum cor meum, qui faciet omnes vo-*

luntates meas. (Act., XIII, 22.) Efectivamente, ese gran rey se hallaba dispuesto siempre á seguir la voluntad divina, como de ello protesta con frecuencia: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum* (Ps., LVI, 8; CVII, 2); y todo lo que á Dios pedía era saber cumplir su voluntad. *Doce me facere voluntatem tuam.* (Ps., CXLII, 10.) Basta para santificarse un acto de perfecta conformidad con la voluntad divina. Ved á Saulo: cuando marcha en persecución de la Iglesia, ilumínale. Jesucristo y le convierte. ¿Qué hace Saulo? ¿Qué dice? Sólo una cosa: ofrécese á hacer la voluntad de Dios: *Domine, quid me vis facere?* (Act., IX, 6), y he aquí que el Señor le proclama al momento Vaso de elección y Apóstol de las naciones: *Vas electionis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus.*

Al rendirse la voluntad á Dios, se le da todo: quien da sus bienes por la limosna, su sangre al martirio, su alimento para ayunar, da sólo una parte

de lo que tiene; pero quien da su voluntad á Dios, se lo da todo, de suerte que puede decir: Señor, soy pobre, pero os doy todo lo que puedo; habiéndooos entregado mi voluntad, nada más puedo ofreceros. Esto es efectivamente todo cuanto Dios pide de nosotros: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi.* (Prov. xxiii, 26). Hijo mío, dice el Señor á cada uno de nosotros; entrégame tu corazón, es decir, tu voluntad. *Nihil gratius Deo possumus offerre quam ut dicamus ei: Posside nos.* (In Ps., 131.) Nada tan grato, dice San Agustín, podemos ofrecer á Dios, como decirle: Señor, acogednos: os damos toda nuestra voluntad; tomad de nosotros lo que queráis; disponed lo que os plazca y estamos dispuestos á ejecutarlo.

Si deseamos, pues, ser enteramente gratos al divino Corazón, cuidemos no sólo de conformarnos con su santa voluntad, sino de UNIFORMARNOS con ella, si así puedo expresarme. La palabra CONFORMARNOS significa que dirigamos nuestra voluntad como la divina;

pero UNIFORMARNOS quiere decir más significa hacer de dos distintas voluntades una sola, de tal modo que no ha de quererse más que lo que quiere Dios, ó que la voluntad de Dios quede sola, y en ella la nuestra confundida. En esto estriba el colmo de la perfección, á la cual debemos aspirar constantemente. Este debe ser el objeto de todas nuestras obras, de todos nuestros deseos, de nuestras oraciones, de nuestras meditaciones todas; y para acercarnos á él debemos implorar la asistencia de nuestros santos patronos, de nuestros ángeles custodios, y principalmente de la divina Madre María, que ha sido la más perfecta entre todos los santos, sólo porque fué la que se mantuvo más perfectamente unida con la voluntad de Dios.



CAPÍTULO II

CONFORMIDAD EN TODO

QXIGE esta virtud que nuestra voluntad se una á la de Dios en todo lo que acontezca, así en la adversidad como en la fortuna. En la fortuna, los mismos pecadores saben conformarse con la voluntad divina; pero los justos confórmanse con ella igualmente en las adversidades, y aun en aquellas que más hieren su amor propio. En esto descansa la perfección de nuestro amor á Dios. El venerable Juan de Avila decia: « Un ; Bendito sea Dios! en las contrariedades de la vida, vale más que mil acciones de gracias en los momentos que alcanzamos lo que más apetecemos ».

Además es preciso conformarse con la voluntad divina, no sólo en los males que Dios directamente nos envía, como enfermedades, afecciones de espíritu, reveses de fortuna, muerte de allegados y otras calamidades semejantes, sino también en aquellos que los hombres nos ocasionan, como desprecios, difamaciones, injusticias, robos y todo lo demás del mismo género. Tengamos en cuenta que cuando se infiere algunas injurias á nuestra reputación y á nuestro honor, ó cuando se atenta á nuestros bienes, aunque Dios no quiere el pecado de quien nos ofenda, quiere, no obstante, nuestra humillación, nuestro empobrecimiento, nuestra mortificación. Es cierto, y hasta cosa de fe, que nada sucede en el mundo sin la voluntad de Dios: *Ego Dominus, et non est alter, formans lucem et creans tenebras, faciens pacem et creans malum.* (Is., xv, 6-7.) De Dios proceden todos nuestros bienes y todos nuestros males, es decir, las cosas que por disgustarnos conocemos por males, pero que en rea-

lidad bienes son, por el mero hecho de aceptarlos de mano del Señor. He aquí la aseveración del profeta Amós: *Si erit malum in civitate, quod Dominus non fecerit?* (Am., III, 6.) Ya el Sabio había dicho antes: Bienes y males, vida y muerte, pobreza y riqueza, todo procede de Dios: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas à Deo sunt.* (Eccl., XI, 14.)

Es positivo, como lo he dicho ya, que, al ofenderos un hombre injustamente, Dios no quiere el pecado que comete, y no toma parte alguna en la malicia de su voluntad, pero presta el Señor su concurso general á la acción material de quien os hiere, os roba ó injuria, de tal modo que quiere el daño que experimentáis, pues procede de su mano. Así fué cómo el Señor declaró á David ser el autor de las injurias que Absalón debía inferirle, hasta el punto de arrebatarle ante sus ojos sus mujeres, todo en castigo de sus pecados. *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis*

tuis, et dabo proximo tuo. (II Reg., XII, 11.) Predijo igualmente á los hebreos que en castigo de sus iniquidades les enviaría á los asirios para despojarles y sumirles en la ruina: *Væ Assur, virga furoris mei: mandabo illi ut auferat spolia et diripiat prædam.* (Is., X, 5-6.) He aquí el modo cómo San Agustín explica este pasaje: *Impietas eorum tanquam securis Dei facta est.* (In Ps., LXXIII.) Dios sirvióse de la maldad de los asirios para castigar á los hebreos. El mismo Jesucristo dijo á San Pedro que su pasión y muerte no le vino tanto de parte de los hombres como de la de su Padre: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (Joan., XVIII, v. 11.)

Cuando cierto mensajero, que se supone era el mismo demonio, fué á anunciar á Job que le habían sido robadas por los sabeos todas sus riquezas, y muertos todos sus hijos, ¿qué contestó este santo varón? *Dominus dedit, Dominus abstulit.* (Job., I, 21.)

No dijo, ciertamente: El Señor dió-

me hijos y bienes, y los sabeos me los han quitado; sino: El Señor me los dió, el Señor me los quitó. Reconociendo que esta desgracia provenía de la voluntad de Dios, añadió: ; Bendito sea su Santo Nombre! *Sicut Domino placuit, ita factum est; sit nomen Domini benedictum!*

Se hace preciso, pues, no acoger los males que nos aflijan por mero efecto de la casualidad, ó como si únicamente resultaran de la mala voluntad de los hombres; antes, al contrario, debemos persuadirnos, como así lo dice San Agustín, de que todo cuanto nos sucede contra nuestra voluntad, no sucede más que por voluntad de Dios: *Quidquid hic accidit contra voluntatem nostram, noveris non accidere nisi de voluntate Dei.* (In Ps., XIV, 8.) Los gloriosos mártires Epicteto y Astión, torturados por mandato del tirano, destrozadas sus carnes con garfios de hierro y abrasados por medio de antorchas ardientes, no dejaban oír más palabras que éstas: «¡Señor, cúmplase en nos-

otros tu voluntad!» Y, llegados al suplicio, exclamaron con firme acento: «¡Oh Dios eterno! ¡Bendito seas por haber permitido que en nosotros se hiciese vuestra voluntad completa! (*Rosweid. Vid. Pat.*, l. I, cap. 12.)

Cesáreo refiere de cierto religioso, al parecer no distinto de los demás, que era tan alto el grado de santidad que había alcanzado, como que el simple contacto de sus hábitos curaba las enfermedades. Admirado de ese prodigio, preguntóle un día el abad cómo se lo hacía para llevar á cabo milagros semejantes, él que no hacía otra vida más ejemplar que sus hermanos. Contestóle que se admiraba de sí mismo, y que no sabía cómo le sucedía tal.—Pero ¿qué devoción practicáis?, repuso el superior.—El humilde religioso contestóle que hacía nada ó muy poco, prescindiendo del gran cuidado que ponía de querer en todo lo que Dios quisiera, y que había recibido la gracia de tener su voluntad totalmente abandonada á la del Señor.—La pros-

peridad, añadió, no me saca de mi estado, ni la adversidad logra abatirme, por cuanto lo tomo todo cual si procediera de Dios, siendo el único objeto de todas mis oraciones que su santa voluntad se cumpla perfectamente en mí.—¿Y ningún pesar os ha causado el daño que anteayer nos infirió una mala persona que nos quitó todos los medios de subsistencia, pegando fuego á la granja que cobijaba nuestras mieses y nuestro ganado?—No, padre mío; antes, al contrario, di por ello gracias á Dios, como acostumbro hacerlo en semejantes casos, persuadido de que el Señor nada quiere ni permite que no sea en gloria suya ó en nuestro mayor bien; y así, suceda lo que suceda, yo estoy siempre contento.—Después de semejante respuesta, que muestra tan perfecta conformidad con la voluntad de Dios, no se admiró ya más el abate de los grandes milagros que hacía el buen religioso. (*Cæs., Dial., l. x, c. vi.*)

CAPÍTULO III

VENTURAS QUE PROPORCIONA LA VERDADERA CONFORMIDAD

LA práctica de esta virtud, no tan sólo santifica, sino que concede también en este suelo una paz inalterable. Preguntábase un día á D. Alfonso el Grande, rey de Aragón, príncipe muy entendido, sobre quién era el hombre que él creía más dichoso en este mundo.—«Es, contestó, el que, abandonándose á la voluntad de Dios, sabe recibirlo todo de su mano, tanto los males como los beneficios».

Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. (Rom., VIII, 28.) Los que aman á Dios están siempre satis-

fechos, por cuanto toda su ventura se cifra en cumplir su divina voluntad, aun en aquello que más parece contrariarles. Encuentran motivo de gozo en sus mismas penas, por cuanto saben que, al aceptarlas, se hacen agradables á su amantísimo Señor; nada es bastante para turbar su dicha: *Non contristabit justum, quidquid ei acciderit.* (*Prov.*, XII, 21.) Efectivamente, ¿qué mayor satisfacción puede experimentar un alma que contemplar realizados todos sus deseos? Nada, excepción hecha del pecado, puede suceder en este mundo sin la voluntad de Dios. ¡Feliz el que no desea más que lo que Dios quiere! Léese en la *Vida de los Padres* que las tierras de cierto labrador producían más que las de sus vecinos. Al preguntársele por la causa de esto, contestó que no había que admirarse de nada, atendido que alcanzaba siempre el tiempo que apetecía.—¿Cómo es esto?, se le replicó.—Es que, repuso, nunca deseo otro tiempo que el que Dios envía; y como no quiero más que lo que

Dios quiere, me da siempre los frutos tal como lo deseo.

Si las almas resignadas, dice Salvino, se ven humilladas, es porque lo desean si son pobres, porque quieren la pobreza; en una palabra, están satisfechas de todo lo que les sucede, y esto es precisamente lo que las hace dichosas: *Humiles sunt, hoc volunt; pauperes sunt, paupertate delectantur; itaque beati dicendi sunt.* (De Gub. Dei, l. 1.) Viene frío, calor, lluvia, viento; el que está sumiso á la voluntad de Dios, dice siempre:—Quiero que haga frío, calor, que llueva, que sople el viento, porque Dios también lo quiere.—Viene la pobreza, la persecución, la enfermedad, la muerte:—Bien está, exclama todavía: quiero ser pobre, verme perseguido, estar enfermo, quiero morir, porque Dios también lo quiere.

Tal es la santa libertad de que gozan los hijos del Señor, libertad que tiene mayor valía que los principados y los reinos de la Tierra. Tal es la dichosa paz, patrimonio de las almas puras, paz

que excede á todos los placeres de los sentidos. *Pax Dei, quæ exsuperat omnem sensum.* (*Phil.*, IV, 7.) Esta divina paz es preferible á todas las fiestas, á todos los banquetes, á todos los honores y á todos los goces del mundo juntos; goces que, al saborearlos, halagan los sentidos; pero que, vanos y fugaces como son, lejos de producir un contento real, no hacen más que afligir el espíritu, asiento del contento verdadero. Así se ve que Salomón, después de haber agotado todos los placeres mundanos, exclamaba con amargura que no había hallado en ellos más que vanidad y aflicción de espíritu: *Et hoc vanitas et afflictio spiritus.* (*Eccl.*, IV, v. 16.)

Homo sanctus in sapientia manet sicut Sol; nam stultus sicut Luna mutatur. (*Eccl.*, XXVII, 12.) He aquí las palabras del Espíritu Santo: El insensato ó el pecador es inconstante como la Luna, pues tan pronto cree como se muestra descreído; hoy le miráis riéndose, mañana le veréis llorando; hoy

lleno de mansedumbre, mañana furioso como un tigre; y todo esto ¿por qué? Porque su humor depende de la prosperidad ó de la adversidad que encuentra, y cambia con las cosas que le suceden. El justo, por el contrario, se asemeja al Sol, siempre igual en su serenidad; pues, sucédale lo que le suceda, cifra todo su contento en conformarse con la voluntad de Dios, y de aquí le viene la paz inalterable que disfruta. Los pastores de Belén oyeron cantar á los ángeles: Paz sobre la Tierra á los hombres de buena voluntad: *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis. (Luc., II, 14.)* ¿Cuáles son esos hombres de buena voluntad, sino los que se mantienen unidos siempre á la voluntad de Dios, voluntad buena y soberanamente perfecta? *Voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta. (Rom., XII, 2.)* Dios quiere sólo lo mejor y lo más perfecto. Conformándose con la voluntad de Dios, gózase en el suelo un paraíso anticipado. De este modo, según San Dionisio, los antiguos Pa-

dres vivían en excelsa paz, recibiendo todo de manos del Señor. Santa María Magdalena de Pazzis, al oír las solas palabras VOLUNTAD DE DIOS, experimentaba tal consuelo, que se sentía transportada en éxtasis amoroso. Es cierto que la virtud no nos hace por esto insensibles; las contrariedades nos darán alguna pena, pero ésta se sentirá tan sólo en la parte inferior; pues, en cuanto á la parte superior del espíritu, gozará siempre tranquilidad y paz mientras que nuestra voluntad permanezca unida á la de Dios. El Salvador prometió á sus Apóstoles plena y completa dicha: *Gaudium vestrum nemo tollet à vobis... Gaudium vestrum sit plenum.* (Joan., XVI, 22-24.) El que mejor se conforma con la voluntad de Dios, goza esta felicidad plena y perpetua: plena, porque tiene todo cuanto desea, como más arriba queda expresado; perpetua, porque nadie podría arrebatársela, nada impedir que se cumpliera la voluntad de Dios.

El P. Juan Tauler refiere el siguien-

te episodio, del cual él fué actor principal. Desde hacía muchos años suplicaba al Señor que le enviara á alguien que le mostrase la verdadera vida espiritual. Un día oyó una voz que le dijo:— «Vete á la iglesia y encontrarás lo que deseas».—El Padre fuése á la iglesia designada, y en la puerta encontróse con un mendigo descalzo y cubierto de harapos. Al verle saludóle, diciéndole:—Buenos días, amigo mío.—Señor, contestó el pobre, no tengo recuerdo de haber tenido nunca lo que el mundo llama un día malo.—El Padre contestó:—Bien está esto. Dios os conceda siempre una vida dichosa.—¡Oh!, replicó el mendigo: gracias al Señor, nunca he sido desgraciado. — Al poco rato añadió:—Oid, Padre; no sin razón os he dicho antes que no he tenido nunca lo que el mundo llama un día malo: cuando siento hambre, alabo al Señor; cuando nieva ó llueve, le bendigo; y si alguien me desprecia ó me injuria, si experimento algún desagrado, le glorifico. Ya he dicho asimismo que

nunca he sido desgraciado, y esto es cierto también, porque estoy acostumbrado á querer todo lo que Dios quiere, sin reserva alguna, sea lo que fuere lo que me suceda: dulce ó amargo, lo recibo siempre de su mano con alegría tal, como si no hubiese nada mejor para mí; he aquí lo que hace mi ventura. —Pero, repuso el Padre, si Dios quisiera que os vicseis condenado, ¿qué diríais?—¡Ah!, contestó el pobre: si quisiera esto, por humildad y amor abrazaría á Dios y le estrecharía con tanta fuerza que, si quisiese precipitarme á los Infieruos, se vería obligado á seguirme, y entonces seríame infinitamente más grato encontrarme en el Infierno con El que poseer sin El todas las delicias celestiales.—¿En dónde hallasteis á Dios?—Hallélo al dejar las criaturas. —Pero ¿quién sois?—Yo soy rey.—¿En dónde tenéis vuestro reino?—Dentro de mi alma, en donde mantengo el orden, haciendo que la razón domine las pasiones, y Dios á la razón. —Tauler preguntóle, finalmente, ¿cómo le había

sido dable alcanzar semejante perfección?—Callando con los hombres, contestó, para hablar tan sólo con el Señor; manteniéndome unido constantemente á Dios, en quien encuentro todo mi reposo y mi ventura.—He aquí un mendigo conformado con la voluntad de Dios, más rico seguramente en su indigencia que todos los reyes de la Tierra, y en sus sufrimientos más dichoso que todos los mundanos en el seno de los placeres.



CAPÍTULO IV

DIOS QUIERE SÓLO NUESTRO BIEN

OH, cuán grande es la locura de los que se niegan á someterse á la voluntad de Dios! No pueden evitar por esto el sufrimiento, puesto que nadie puede impedir la ejecución de los divinos decretos: *Voluntati enim ejus quis resistit? (Rom., IX, 19.)* ¿Qué digo? Sufren no sólo sin provecho, sino tambien aumentando las penas que en la otra vida tienen reservadas, y la inquietud que en ésta les tortura. *Quis resistit ei, et pacem habuit? (Job, IX, 4.)* Grite cuanto quiera un enfermo en sus dolores, murmure contra la Providencia un pobre en la miseria, déjese llevar

por el furor, blasfeme cuanto le plazca, ¿qué puede sucederle más que un recrudescimiento en su mal? *Quid quæris, homuncio, quærendo bona? ama unum bonum in quo sunt omnia bona.* (Man., c. 34.) Débil mortal, exclama San Agustín, ¿qué buscas fuera de Dios? Cuida de encontrarle, únete á El, abraza su santa voluntad y serás siempre dichoso en ésta y la otra vida.

Y, después de todo, ¿acaso no quiere Dios más que nuestro bien? ¿Podemos hallar un amigo que nos estime más que Dios? Todo lo que quiere es que nadie se pierda, es que todos se salven y se santifiquen: *Notens aliquos perire, sed omnes ad pœnitentiam reverti.* (II Petr., III, 9.) *Hæc est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra.* (I Thess., IV, 3.) Dios tiene puesta su gloria en nuestra felicidad, porque es la bondad misma por su Naturaleza, como dice San León: *Deus cujus natura bonitas*; y, siendo la bondad esencialmente comunicativa, Dios tiene un deseo extremo de hacer á las almas par-

ticipes de sus bienes y de su felicidad. Si en esta vida nos envía tribulaciones, es todo en nuestro provecho: *Omnia cooperantur in bonum.* (Rom., VIII, 28.) Asegúranos la virtuosa Judit que las mismas calamidades con que el Señor nos castiga no vienen á afligirnos para perdernos, sino para corregirnos y salvarnos: *Ad emendationem, et non ad perditionem nostram evenisse credamus.* (Judit, VIII, 27.) Con el objeto de preservarnos de los males eternos, nos es necesario un escudo de su buena voluntad: *Domine, ut scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos.* (Ps., v, 13.) No tan siquiera anhela nuestra salvación, sino que también se ocupa de ella con paternal sollicitud: *Dominus sollicitus est mei.* (Ps., XXXIX, 18.) Y, como dice San Pablo, ¿qué podría rehusarnos ese Dios que nos ha dado su propio Hijo? *Qui etiam proprio Filio suo non perereit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* (Rom., VIII, 32.)

Ya que todas las disposiciones de la Providencia se cifran en nuestro bien, ¡con cuánto motivo no debemos abandonarnos á ellas! En todos los acontecimientos de la vida digamos siempre: En paz dormiré, Señor, porque habéis fortalecido mi esperanza: *In pace in idipsum dormiam et requiescam; quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.* (Ps., IV, 9-10.) Confiémonos á sus manos por completo, y cuidará de nosotros: *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis.* (I Pet., V, 7.) No pensemos más que en Dios, ni busquemos más que cumplir su santa voluntad, y El pensará en nosotros, y hará nuestra ventura. Un día dijo el Señor á Santa Catalina de Sena: «Hija mía, piensa en Mí, y sin cesar pensaré Yo en ti». Repitamos á menudo con la Esposa del *Cantar de los Cantares*: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cant., II, 16.) Mi amado Bien piensa en lo que me es provechoso, y yo no quiero pensar más que en agradarle y conformar-

me enteramente con su divina voluntad. «Nosotros, decía el santo abate Nilo, no debemos pedir á Dios que haga lo que queramos, sino hacer lo que El quiera.» (*De orat.*, c. 29.) Cuando algo desagradable nos suceda, recibámoslo de la mano de Dios, más que con paciencia con alegría, á imitación de los Apóstoles, que se creían felices con sólo poder sufrir por el Santo Nombre de Jesús: *Ibant gaudentes à conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* (*Act.*, v, 41.) ¿Puede acaso ser un alma más dichosa que al sufrir una pena cualquiera, sabiendo bien que, al aceptarla de buen grado, rinde á Dios el mayor de los placeres que pueden procurársele? Enseñan los maestros de la vida espiritual que Dios agradece todo desecho de sufrir por serle grato; prefiera, no obstante, las almas que se abstienen de pedir venturas y penas, pero que, sometidas por entero á su santa voluntad, no tienen más deseo que el de cumplirla en todo.

Si pues, alma fiel, quieres hacerte verdaderamente agradable á Dios, y llevar en este suelo una vida feliz, mantente siempre y en todo unida á su santa voluntad. Piensa que nunca caerás en pecado, sino alejándote de la voluntad divina. Únete en adelante únicamente á los deseos del Señor, y no dejes de decir en todos tiempos y circunstancias: *Ita, Pater! quoniam sic fuit placitum ante te. (Mat., XI, 26.)* Sí, Dios mío; aunque así sea, éste es vuestro gusto. Si te aflige algún suceso desagradable, recuerda que todo procede de Dios, por lo que no dejes de exclamar al instante: Así lo quiere Dios; y entra en tranquilidad repitiendo con el Rey Profeta: *Obmutui et non aperui os meum, quoniam tu fecisti. (Ps., XXXIII, 10.)* ¡Señor! Así lo habéis querido: de vuestra mano lo acepto sin quejarme.—Todos tus pensamientos y oraciones á este mismo objeto deben ir dirigidos; es decir, en la meditación, la comunión, la visita al Santísimo Sacramento, no debes descuidar nunca el

pedir á Dios la gracia de cumplir su voluntad. No dejes de ofrecerte al Señor diciéndole: ¡Oh Dios mío! Vedme aquí: haced lo que de mí queráis.— En esto consistía el continuado ejercicio de Santa Teresa, la cual ofrecíase al Señor, lo menos cinco veces al día, rogándole dispusiese de ella como mejor le pluguiera.

¡Oh, cuán feliz serás, querido lector, obrando siempre de este modo! No dudes que alcanzarás la santificación, que transcurrirá tu vida en paz, y que obtendrás una buena muerte. Cuando sale un mortal de este mundo, toda la esperanza de salvación que pueda concebir debe fundarse en la resignación que atestigüe en la hora de su muerte. Si, durante la vida, lo recibes todo como proveniente de Dios, de igual modo aceptarás la muerte conformándote con su divina voluntad, y tu salvación será segura. Abandonémonos, pues, sin reserva al gusto del Señor: como es infinitamente sabio, mejor que nosotros sabe bien lo que nos conviene; y como

nos ama hasta el punto de haber dado su vida por nosotros, no puede querer más que nuestro mayor bien. «Persuadámonos, dice San Basilio, que Dios se cuida más de nuestra ventura de lo que nosotros mismos podríamos hacerlo y desearlo.» (*Epist. ad Eustachium.*)



CAPÍTULO V

PRÁCTICA DETALLADA

PERO vayamos ahora á la práctica, y veamos en detalle en qué debemos conformarnos con la voluntad de Dios.

1.—*Accidentes ordinarios ó comunes.*

Conformarnos debemos en todo lo natural que nos sobrevenga sin depender de nosotros mismos, como el calor y el frío excesivo, la lluvia, la carencia de víveres, las enfermedades contagiosas, etc.

Guárdemonos de decir: ¡Qué calor más insoportable! ¡Qué frío tan horrible! ¡Qué desgracia! ¡Qué desventura!

¡Qué tiempo tan triste!— á otras cosas semejantes, que revelan cierta repugnancia hacia la voluntad de Dios. Todo debemos aceptarlo tal como se presenta, puesto que es Dios quien todo lo ordena. San Francisco de Borja, habiendo llegado una noche, que estaba nevando, á las puertas de una casa de la Compañía, llamó repetidas veces; pero, como los Padres estaban profundamente dormidos, las puertas permanecían cerradas. Cuando llegó el día fué recogido por ellos, dándole repetidas manifestaciones del inmenso pesar que les causaba haberle dejado de aquel modo expuesto á las incomodidades del mal tiempo; pero aseguróles el Santo que había experimentado un grandísimo consuelo al pensar que era Dios quien le mandaba aquella nieve.

De igual modo debemos portarnos con lo que sentimos en nuestro interior, como el hambre, la sed, la pobreza, el pesar, las humillaciones. En todo esto debemos decir á Dios: « Señor, haced y deshaced como mejor os plazca; yo

estaré siempre contento, puesto que nada más quiero yo que lo que Vos queréis».—El P. Rodríguez (*Perfecto cristiano*, P. 1.^a, trat. 8, cap. 7) nos enseña de este modo á desvanecer las astucias del demonio cuando presenta á nuestro espíritu ciertos supuestos casos, á fin de hacernos caer en algún mal consentimiento, ó á lo menos inquietarnos, por ejemplo: si tal persona os dijera esto, haríais eso ó lo otro. Cuando tales ideas se nos vengán á las mentes, respondámonos siempre:—Diría y haría lo que á Dios place.—Y con este medio evitaremos la menor falta y nos quitaremos el menor motivo de inquietud.

2.—*Defectos naturales.*

Si tenemos algún defecto natural, así de cuerpo como de espíritu, como una mala memoria, una inteligencia tardía, falta de destreza, algún miembro estropeado, una salud delicada ú otra cosa por el estilo, no nos lamentemos nunca

por esto. ¿Acaso merecimos ó estaba Dios obligado á darnos más elevado espíritu, un cuerpo más perfecto? ¿No podía crearnos al rango de los brutos, ó dejarnos sumidos en la nada? ¿Quién, después de haber recibido un don, se atreve á lamentarse de él? Demos, pues, gracias al Señor de cuanto nos ha concedido por puro efecto de su bondad, y contentémonos con ser tales como nos ha creado. ¿Quién sabe si, con mayor talento, una salud más robusta y un exterior más agradable, nos habríamos perdido? ¡Cuántos seres existen para quienes la ciencia y los talentos han sido causa de eterna ruina, inspirándoles sentimientos de vanidad y de desprecio al prójimo, peligros á que están sumamente expuestos los que más por sus cualidades se distinguen! ¡Para cuántos desventurados, la belleza ó la fuerza corporal no han servido sino para precipitarles en mil maldades! ¡Cuántos, por el contrario, existen que, por haber sido pobres ó hallarse enfermos ó deformes, se han santificado y

salvado; á pesar de que se habrían condenado si hubiesen sido vigorosos, ricos ó bien conformados! Contentémonos, pues, con lo que Dios nos ha dado. *Porro unum est necessarium* (Luc., x, 42): No es ciertamente necesario tener una hermosa figura, ni una buena salud, ni relevantes dotes intelectuales; sólo una cosa es esencialmente necesaria: la salvación del alma.

3.—*Enfermedades corporales.*

Es preciso que sepamos resignarnos, sobre todo en las enfermedades corporales, soportándolas de buen grado como y cuando plazca á Dios el enviárnoslas. No quita eso que hagamos uso de los remedios ordinarios, puesto que el Señor así lo quiere; pero, si éstos no llegan á producir efecto, unámonos á la voluntad de Dios, lo que valdrá mucho más que la salud misma. Digámosle entonces:—Señor, no deseo sanar ni permanecer enfermo; únicamente quiero lo que Vos queráis.—Indudable-

mente, en las enfermedades es lo más perfecto no lamentarse de los dolores que se experimentan; no obstante, cuando con su crudeza nos aflijan fuertemente, no está por esto vedado comunicarlo á nuestros amigos, ni menos pedir al Señor que nos alivie de ellos. No me refiero con esto más que á los grandes sufrimientos, puesto que vense personas que, por el contrario, obran muy mal al lamentarse; cada vez que sienten alguna pena, el menor disgusto, quisieran que todo el mundo acudiese á demostrarles compasión, y á llorar á su lado.—Por lo demás, el mismo Jesucristo, en el momento de sufrir su dolorosa pasión, reveló á sus discípulos la aflicción extrema de su espíritu: *Tristis est anima mea usque ad mortem* (Matth., XXVI, 38), y suplicó á su Eterno Padre que le librase de ella: *Pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste*; pero ese divino Salvador enseñónos al mismo tiempo, con su propio ejemplo, lo que debíamos hacer después de semejantes súplicas; esto es,

resignarnos al momento con la voluntad de Dios, añadiendo con El: *Veruntamen, non sicut ego volo, sed sicut tu*: No obstante, hágase no como yo quiero, sino como quieres Tú.

¡Cuán grande es la ilusión de ciertas personas que dicen desear la salud, no para dejar de sufrir, sino para mejor servir al Señor, observar sus mandamientos, ser útiles al prójimo, ir á la iglesia, recibir la santa comunión, practicar la penitencia, estudiar, trabajar ó emplearse en la salvación de las almas confesando y predicando!—Pero yo te pregunto, alma fiel, dime: ¿Por qué piensas hacer esto? ¿No es acaso para agradar á Dios? ¿Y qué buscas con esto, si sabes ya que el gusto de Dios no está en que te entregues á la oración, á las comuniones, á la penitencia, al estudio, á las predicaciones ó á otras obras, sino en que soportes lleno de paciencia esta enfermedad y estos dolores que te envía? Une entonces tus sufrimientos con los de Jesucristo.—Lo que me pesa, di, es, hallándome enfermo de este modo,

sentirme inútil y gravoso al prójimo y á mi familia.—Pero, resignándote á la voluntad de Dios, debes creer que tus allegados y superiores se resignan á ella igualmente, al ver que sólo por voluntad del Señor, y no por culpa tuya, llevas una carga más á tu familia. ¡Ah! Tales deseos y lamentos no nacen tanto del amor de Dios como del amor propio, que busca siempre pretextos para alejarse de la voluntad de Dios. ¿Queremos hacernos gratos al Señor? Desde el momento que nos veamos retenidos en el lecho, digamos esta sola palabra: *Fiat voluntas tua*, y repítámosla desde el fondo del pecho cien mil veces, siempre, ya que con esta sola palabra agradecemos más á Dios que con todas las mortificaciones y devociones posibles. No hay mejor medio de agradecer á Dios que abrazar con alegría su santa voluntad. El venerable Juan de Avila escribió un día á un sacerdote enfermo: «Amigo mío, no os dediquéis á imaginar lo que haríais, de encontraros bien; contentaos con estar enfermo

tanto tiempo como á Dios le plazca. Si no buscáis más que la voluntad de Dios, ¿qué ha de importaros gozar buena salud ó estar enfermo?» (*P. 2.^a, Ep. 64.*) Sin duda esto es muy bien dicho, por cuanto lo que mejor agrada á Dios no son tanto nuestras obras como nuestra resignación, y la conformidad de nuestra voluntad con la suya. Por esto decía San Francisco de Sales que mejor se sirve al buen Dios sufriendo que obrando.

A menudo pueden faltarnos los médicos y los remedios, ó bien el médico no llegará á conocer nuestra enfermedad; es preciso en esto también que nos conformemos con la voluntad de Dios, que todo lo dispone en nuestro provecho. Cuéntase de un hombre muy devoto de Santo Tomás de Cantorbery, el cual, hallándose enfermo, se dirigió á la tumba del Santo Arzobispo para pedirle el restablecimiento de su salud, que obtuvo al instante. De vuelta á su casa, preguntóse interiormente: «Pero si la enfermedad era más útil para mi salva-

ción, ¿qué haré yo con la salud que he recobrado?» Herido de este pensamiento, volvió á la tumba del Santo y suplicóle pidiera por él al Señor lo más conveniente por su eterna salvación. Después de esta súplica recayó enfermo, y mostróse en extremo consolado con la seguridad de que Dios así lo disponía para su mejor ventura. Surius (*Die 6 Febr.*) refiere igualmente que, habiendo sido un ciego curado por intercesión de San Vaast, pidió que, si la facultad de ver no debía ser útil á su alma, le fuera arrebatada nuevamente: oyósele y volvióse ciego como antes. Cuando, pues, nos hallamos enfermos, lo mejor es no pedir ni la enfermedad ni la salud, sino abandonarnos á la voluntad de Dios, á fin de que disponga de nosotros como mejor le plazca. Si, á pesar de todo, queremos solicitar nuestra curación, hagámoslo á lo menos resignándonos y bajo la condición de que si la salud del cuerpo conviene á la salvación del alma; de otro modo, nuestra súplica sería defectuosa, y no al-

canzaría efecto, contando con que el Señor no atiende sino las que se le dirigen con resignación.

En cuanto á mí, llamo á las enfermedades piedra de toque de los espíritus, puesto que ellas aquilatan el valor de las virtudes de un alma. Si ésta soporta la prueba sin inquietud, sin queja, sin anhelo, obedeciendo sólo á los médicos y superiores; si se mantiene tranquila y resignada con la voluntad de Dios, es señal cierta de que conserva un verdadero fondo de virtud. En cambio, ¿qué debe pensarse de un enfermo que se lamenta de la falta de cuidado de los demás para con él, de sus sufrimientos, que encuentra insoportables; de la ineficacia de los remedios, de la ignorancia del médico, y que á veces llega al exceso de murmurar contra el mismo Dios, como si Este le tratara con harta dureza? Refiere San Buenaventura que, hallándose un día San Francisco presa de extraordinarios dolores, uno de sus religiosos, hombre ingenuo á todo serlo, le dijo: «Padre

mío: procurad rogar á Dios que os trate con alguna mayor dulzura, puesto que, según parece, su mano empieza ya á pesar demasiado». A estas palabras, el Santo lanzó una exclamación, y contestóle: «Oid, hermano mío: si no supiera que habláis de este modo por la sencillez de vuestro carácter, ya no quisiera veros más en mi presencia, puesto que os atrevéis á criticar los juicios de Dios». Y dicho esto, débil y extenuado como se encontraba, precipitóse de su lecho al suelo, y, besándolo, exclamó: «¡Señor, gracias os doy por todos los sufrimientos que me habéis enviado, y os suplico que los aumentéis aún, si tal es vuestro deseo. El mío se cifra en que me aflijáis corporalmente, ya que, para mí, el cumplimiento de vuestra voluntad es el mayor de los consuelos que me puede caber en esta vida. (*Vita*, v, 14.)

4.—*Pérdida de personas útiles.*

Es necesario también que sepamos soportar la pérdida de aquellas perso-

nas que nos son útiles, ya sea temporal, ya espiritualmente. Algunas almas devotas caen á menudo en grandes faltas sobre este particular, no resignándose como debieran á las disposiciones de la Divina Providencia. Nuestra santificación no es obra de nuestros padres espirituales, sino de Dios. Cuando él Señor nos los concede, quiere que nos aprovechemos de su ministerio para la dirección de nuestra conciencia; pero, al quitárnoslos, quiere también que, lejos de mostrarnos descontentos, redoblemos nuestra confianza en su bondad y le hablemos de este modo:— Señor, este apoyo me habéis dado, y ahora me lo retiráis: hágase vuestra voluntad; pero, de todos modos, venid en mi auxilio y enseñadme qué debo hacer para servirlos fielmente.—De este modo debemos recibir de mano de Dios todas cuantas cruces nos envíe.—Empero, diréis vosotros, ¿no son castigos estas contrariedades? — Yo os contestaré: ¿Acaso los castigos que Dios nos inflige en esta vida no son gracias y benefi-

cios? Si le hemos ofendido, satisfacer debemos á su justicia de un modo ú otro, en esta ó en la otra vida. Digamos, pues, todos con San Agustín: Quemadme, rajadme, Señor; no me tengáis misericordia en esta vida, á fin de que la encuentre en la vida eterna: *Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in ceteram parcas*. Sepamos encontrar en las penas de la vida presente un motivo de consuelo, á ejemplo del santo varón Job: *Hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*. (*Job*, VI, 10.) Es, en efecto, consolador para el que tiene el Infierno merecido ver que Dios le castiga en este mundo, pues esto sólo debe hacerle concebir una grande confianza de que Dios quiere preservarle del eterno suplicio. Imitemos asimismo al gran sacerdote Helí, y, al herirnos Dios, exclamemos cual El: *Dominus est; quod bonum est in oculis suis, faciat*. (*I Reg.*, III, 18.) El es el Señor: haga cuanto sea grato á sus ojos.

5.—*Penas espirituales.*

Es preciso asimismo resignarse en las desolaciones del espíritu. Cuando un alma se entrega á la vida interior, tiene el Señor costumbre de prodigarla consuelos, á fin de despojarla enteramente de los placeres mundanos; pero, desde el instante que la considera suficientemente afirmada en la espiritualidad, entonces retírale su mano para experimentar su amor y ver si le sirve y ama fielmente, y no tan sólo por las sensibles dulzuras, cuya devoción es á menudo recompensada en este suelo. «Durante la vida, decía Santa Teresa, nuestro bienestar no consiste tanto en obtener el mayor grado del goce de Dios, como en hacer su voluntad». (*Vida, adición.*) Y en otro pasaje: «Por medio de las mortificaciones y la tentación prueba el Señor á los que le aman». (*Vida, c. XI.*) Dé, pues, gracias al Señor un alma favorecida con sus dulces caricias, pero nunca se abando-

ne á la tristeza ni á la impaciencia al hallarse desolada. En este punto, preciso es vivir prevenido, ya que ciertas almas débiles, al verse en la aridez, imaginanse al momento que Dios las tiene abandonadas, ó que no se ha hecho para ellas la vida espiritual, y en su consecuencia descuidan la oración y pierden todo cuanto antes hicieran.

No hay ocasión más propicia para ejercer nuestra resignación con la voluntad de Dios, que el tiempo de los sinsabores. No pretendo decir con esto que, al experimentar alguna pena, debamos vernos privados de la presencia de Dios. No puede impedirse que, al sentirla, no nos lamentemos por ella, pues el mismo Jesucristo, de las suyas se lamentaba desde la cruz: *Deus meus! Deus meus! ut quid dereliquisti me?* (*Mat.*, xxvii, 46.) Pero, sea cual fuere nuestra desolación, debemos resignarnos siempre enteramente con la voluntad del Señor. Todos los santos fueron presa de esas desolaciones y abandonos espirituales. «¡Cuánta dureza de

corazón experimento!, exclamaba San Bernardo; ya no tengo gusto por la lectura, ya no me atraerá la oración ni la meditación.» (*In Cant.*, s. LIV.) Los santos, muy á menudo se han visto sumidos en la aridez, sin experimentar consuelos sensibles. Estos pasajeros favores, sólo raras veces los concede Dios, y aun á las almas débiles, para fortalecerlas; no á aquellas que para nada se detienen en el camino de la virtud. En cuanto á las delicias que han de premiar nuestra fidelidad, las que nos aguardan constituyen un paraíso. La Tierra es un lugar en donde se merece por medio de los sufrimientos; el Cielo es la morada de la remuneración y la alegría. Así, pues, lo que durante su vida han siempre buscado y deseado los santos, no es el fervor sensible, ni los goces, sino el fervor espiritual en los sufrimientos. «¡Oh!, exclamaba el venerable Juan de Avila: vale mucho más hallarse sumido en el abandono y la tentación por la divina voluntad, que elevarse á la contemplación

sin que Dios lo quiera». (*Audi, filia*, c. XXVI.)

¡Ah! Sin duda diréis: si yo supiera que esta desolación viene de Dios, en paz la sufriría; pero lo que me aflige é inquieta es el temor de que sea una consecuencia de mis faltas y un castigo á mi tibieza.—Pues bien: cesad en vuestra tibieza y desplegad mayor celo. ¡Qué! Por hallaros entre las tinieblas ¿queréis turbaros, abandonar la oración y doblar vuestro mal de un modo semejante? Suponiendo que sea un castigo vuestro abandono, ¿no es acaso Dios quien os envía ese castigo? Recibidlo, pues, como una pena que habéis merecido, y someteos á la voluntad del Señor. ¿No convenís en que merecéis el Infierno? ¿Por qué, pues, os quejáis? ¿Merecéis acaso que Dios venga á consolaros? ¡Ah! Contentaos del modo cómo Dios os trata; perseverad en la oración, proseguid vuestro camino y temed en lo sucesivo vuestra poca humildad y la falta de resignación con la voluntad divina. Pensad que, al entregaros á la oración, el

mejor fruto que podéis obtener es unirnos á la voluntad de Dios. Someteos, pues, y decid desde el fondo del corazón: Señor, acepto de vuestra mano esta pena, y la aceptaré tanto tiempo como gustéis: si queréis que de este modo esté afligido durante toda la eternidad, contento estoy de ello.—Una oración semejante, por dolorosa que parezca, os hará más bien que los más dulces consuelos.

Pero es menester considerar que no siempre el abandono es un castigo; es algunas veces una disposición de la Providencia, que tiene por objeto hacernos mejorar y conservarnos humildes. Temeroso de que San Pablo no se enorgulleciese con los dones que del Señor había recibido, Este permitió que se sintiera atormentado de impuras tentaciones: *Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis mee, angelus Satanae, qui me colaphicet.* (II Cor., XII, 7.) El que ora entre las delicias espirituales no hace gran cosa. *Est amicus socius mensae,*

et non permanebit in die necessitatis. (Eccl., vi, 10.) No miraréis como amigo tan verdadero al que sólo os acompañe en vuestra mesa, como al que, lleno de interés, os asista en vuestras necesidades. En la obscuridad y la desolación reconoce Dios á sus amigos sinceros. Hallándose Paladio sumido en grande pesadez durante la oración, fué á encontrar á San Macario, el cual dióle este consejo: «Cuando el demonio os sugiera la idea de dejar la oración, respondedle: Por el amor de Jesucristo me resigno á permanecer aquí y á no moverme de entre las paredes de esta celda». (*Hist. laus.*, c. 20.) Esta es vuestra respuesta al sentir os tentado de abandonar la oración y al pareceros que perdéis en ella el tiempo. Decid siempre: No me muevo de aquí para agradecer á Dios.—Decía San Francisco de Sales que, si en la oración no hacíamos más que combatir las distracciones y tentaciones, sería provechosa. Tauler asegura además que el que persevera en la oración, á pesar del abandono

que experimente, obtendrá de Dios mayor gracia que si hubiese rogado durante largo tiempo con mucha devoción sensible. El P. Rodríguez (*Perfecto cristiano*, P. 1.^a, trat. 8, c. 29) habla de un hombre piadoso que durante el espacio de cuarenta años no había nunca sentido el menor consuelo en su oración, pero que decía que, á pesar de todo, el día que á ella se entregaba encontraba base más fortalecido en la práctica de todas las virtudes, mientras que, si llegaba á descuidarla, experimentaba por el contrario tal debilidad, que no se sentía capaz de hacer nada bueno. Según San Buenaventura (*De prof. rel.*, I, II, c. 76), y Gerson (*De Monte cont.*, c. 43), son muchos los que sirven más á Dios sin tener el recogimiento que desean, que si en efecto lo tuvieran; en el primer caso, es dable que se porten con mayor cuidado y humildad que en el segundo, en el cual pueden entregarse más fácilmente á la vanidad, y en su consecuencia á la tibieza, persuadidos de haber encontrado lo que deseaban.

Lo que decimos de los abandonos, debe igualmente entenderse de las tentaciones. Cuidar debemos de evitar toda tentación; pero, si Dios quiere ó permite que nos sintamos atacados contra la fe, la pureza ú otra virtud cualquiera, no debemos quejarnos de ello, sino en esto resignarnos, como en todo, á su divina voluntad. Respondió el Señor á San Pablo, cuando éste le rogó que le librase de las tentaciones de impureza, que su gracia debía bastarle: *Sufficit tibi gratia mea.* (II Cor., XII, 9.) Si, pues, nosotros también notamos que Dios no atiende á la demanda que le dirigimos de vernos libres de cualquiera tentación desagradable, digámosle: Señor, haced ó permitid cuanto os sea grato; bástame con vuestra gracia; empero asistidme, á fin de que nunca más la pierda. No es la tentación, sino nuestro consentimiento en ella, lo que nos hace perder la divina gracia. Las tentaciones á cuyo influjo nos resistimos sirven para hacernos más humildes, para aumentar nuestros

méritos, para obligarnos á recurrir más á menudo á Dios, preservándonos así por más largo tiempo de ofenderle, y haciéndonos crecer en su santo amor.

6.—*La muerte.*

Preciso se hace, sobre todo, que nos unamos á la voluntad de Dios por lo que toca á nuestra muerte, sea en razón del tiempo ó del modo que Dios se sirva determinarla. Santa Gertrudis, al subir un día una escarpada cuesta, resbaló y cayó rodando hasta el valle. Sus compañeras preguntáronle si había tenido miedo de morir sin sacramentos. La Santa contestó: «Mucho deseo no verme en mi última hora privada de los sacramentos; pero estimo más lo que Dios quiere; porque estoy persuadida de que la mejor disposición que puede guardarse para morir bien es someterse á la voluntad de Dios. Así, pues, yo deseo el género de muerte que el Señor se sirva enviarme». (*Insin.*, l. I, cap. XI.) Léese en los *Diálogos* de San Gregorio (l. III, capítu-

lo xxxvii), que, habiendo los vándalos condenado á muerte á un sacerdote apellidado *Sanctulus*, dejáronle la facultad de designar el género de suplicio que prefería sufrir; pero este hombre renunció á pronunciarse sobre el particular diciendo: «Entre las manos de Dios me encuentro, y recibiré la muerte que El permita que me impongáis; ninguna otra que ésta quiero yo». Un acto tal de conformidad fué al Señor tan agradable, que, habiendo los bárbaros resuelto decapitar al condenado, detuvo el brazo del verdugo. En vista de este milagro, decidieronse á respetar la vida del virtuoso sacerdote. De este mismo modo, en cuanto á la manera de morir, debemos creer que la mejor para nosotros es la que Dios tenga determinada. Cada vez que en la muerte pensemos, digamos siempre: Señor, puesto que Vos nos salváis, dadnos la muerte que os plazca.

Mostrémonos igualmente resignados por lo que toca al tiempo de nuestra muerte. ¿Qué más es esta Tierra que

una cárcel en la cual debemos sufrir y estamos en continuo peligro de perder á Dios? Esto es lo que obligaba á David á exclamar: *Educ de custodia animam meam.* (*Ps.*, CXLI, 8.) Señor, dignaos librar á mi alma de esta triste prisión. Del mismo temor penetrada Santa Teresa de Jesús, suspiraba sin cesar, y, al oír dar el reloj una hora, se regocijaba pensando que había pasado una hora más de su vida, una hora de peligro de perder á Dios. Según el venerable Juan de Avila, quienquiera que se encuentre en medianas disposiciones debe desear la muerte, á causa del peligro que corre de perder la gracia de Dios. ¿Qué existe, en efecto, más precioso y deseable para nosotros que adquirir, por medio de una buena muerte, la seguridad de no perder ya más la amistad de nuestro Dios? Pero yo, podréis decir, nada he hecho, nada he adquirido para mi alma. Y si quisiese Dios que terminara vuestra vida instantáneamente, ¿qué haríais prolongándola contra su voluntad? ¿Quién sabe si más

tarde tendríais la buena muerte que ahora podéis esperar? ¿Quién sabe si, cambiando de voluntad, incurriríais en otros pecados que os llevasen á la condenación? Después de todo, no podríais vivir sin cometer nuevas faltas, á lo menos ligeras, como, gimiendo, lo acreditaba San Bernardo: *Cur vitam istam desideramus, in qua, quanto amplius vivimus, tanto plus peccamus?* (Med., c. II.) Y es cierto, pues, que un solo pecado venial disgusta más á Dios de lo que podrían agradarle todas las buenas obras de que somos capaces.

Debo decir, además, que, quien no desea la posesión del Paraíso, muestra con ello su poco amor á Dios. Cuando uno ama, desea, ante todo, la presencia del objeto amado; no podemos nosotros, por consiguiente, ver á Dios sin dejar la Tierra; también todos los santos han suspirado por la muerte, y esto para ir á gozar de la presencia de su adorado Bien y Señor. Tales eran los sentimientos de San Agustín: *Eja moriar, ut te videam!*; de San Pablo: *Desiderium*.

habens dissolvi, et esse cum Christo (*Phil.*, 1, 23); de David: *Quando veniam et apparebo ante faciem Dei!* (*Ps.* XLI, 3.) Tales fueron siempre los suspiros de las almas inflamadas en el divino amor. Léese en un autor que, hallándose un gentilhomme cazando en un bosque, oyó la voz de un hombre cantando con sorprendente dulzura. Aproximóse el cazador, y encontróse frente á frente de un pobre leproso, medio consumido ya por la enfermedad. Preguntóle si era él quien cantaba.—Sí, hermano mío, contestó el enfermo; yo soy.—Pero ¿cómo podéis conservar la alegría en medio de esos sufrimientos que amenazan arrebatáros la vida? —¡Ah! exclamó: es que entre Dios y yo no existe otra separación que esa muralla de cieno, ese miserable cuerpo que aquí me retiene; cuando de él me encuentre libre, iré á gozar de mi Dios. Actualmente, de día en día, contéplolo más próximo á la ruina, y esto es lo que me tiene alegre y me mueve á cantar mi alegría.

7.—*Bienes espirituales.*

Es, por último, preciso que nos conformemos con la voluntad divina hasta en los grados de gracia y de gloria á que podamos aspirar. Mucho debemos estimar, sin duda, lo que á la divina gloria pertenece, pero todavía más la voluntad de Dios; debemos desear amarle más que los serafines, pero no podemos apetecer un grado de amor superior al que Dios ha resuelto concedernos. He aquí cómo sobre este particular se expresaba el venerable Juan de Avila: «Yo no creo que entre todos los santos se encuentre uno solo que no haya deseado estar mejor de lo que se encontraba; pero nunca este deseo llegaba al extremo de quitarles la paz, porque provenía del amor divino y no del amor propio: satisfechos siempre de la parte que el Señor les tenía concedida, por pequeña que fuese, estaban persuadidos de que encierra más amor á Dios estar contento con lo que da, que apetecer más de lo que con-

cede». Esto, siguiendo la explicación del P. Rodríguez (*Perfecto cristiano*, P. 1.^a, t. VIII, c. XXX), significa que debemos llevar todos nuestros esfuerzos á conseguir la perfección, sin dejarnos relajar nunca por esos vanos pretextos que sugieren la tibieza y el abandono: Dios debe darnos la gracia de llegar más lejos; nosotros debemos ponernos en situación de no poder hacer más.— Y si, á pesar del cuidado que en ello tenemos, nos llega á faltar, no debemos turbarnos por esto ni dejar de conformarnos con la voluntad del Señor, que permitió que cometiéramos esta falta; pero, sin desalentarnos, levantémonos al instante y, penetrados de humilde arrepentimiento, después de haber pedido á Dios una mayor gracia, prosigamos nuestro camino. Del mismo modo, aunque nos sea lícito desear elevarnos en el Cielo al rango de los serafines, no para poseer más gloria, sino para glorificar y amar á Dios de una manera más perfecta, debemos, no obstante, resignarnos á su santa voluntad,

contentándonos con el grado de gloria y de amor que se haya dignado concedernos en su misericordia.

Grave falta sería desear los dones de oración sobrenatural, especialmente éxtasis, visiones, revelaciones; pues los mismos maestros, en la vida espiritual, afirman que las almas favorecidas con semejantes gracias deben rogar á Dios que les exima de ellas, á fin de que les sea dable amarle por la simple vía de la fe, que es la más segura. Muchos son los santos que han alcanzado la perfección sin esas gracias extraordinarias, y sólo por las virtudes que llevan la santidad en las almas, y, sobre todas, la conformidad con la voluntad divina. Si, pues, no place al Señor elevarnos á un sublime grado de perfección y de gloria, conformémonos en todo con su santa voluntad, y roguémosle que nos salve, á lo menos, por su infinita misericordia. Obrando de este modo, no será escasa la recompensa que recibamos de su bondad, porque sobre todo ama Dios á las almas resignadas.



CAPÍTULO VI

CONCLUSIÓN

EN suma, mirar debemos, como proveniente de la mano de Dios, todo cuanto nos suceda ó nos espere en lo porvenir. A un solo y único objeto nos es dable dirigir todas nuestras oraciones: el de cumplir la voluntad de Dios y no hacer nada más que lo que Dios quiere. Para marchar con pie firme por esta vía, es necesario que en lo exterior nos dejemos guiar por nuestros superiores, y en lo interior por nuestros padres espirituales, á fin de aprender de ellos lo que Dios exige de nosotros, poniendo absoluta fe en esas palabras de Jesucristo: *Qui vos audit, me audit.*

(*Luc.*, x, 16.) Quien os escucha, me escucha.—Apliquémonos especialmente en servir á Dios tal y como desea de nosotros ser servido. Digo esto á fin de que procuremos evitar las faltas de aquellos que pierden el tiempo en forjarse ilusiones de este tenor; si me encontrara en un desierto, si entrara en un convento, si me hallara fuera de esta casa, de esta familia ó de esta compañía, viviría santamente, haría tales penitencias, dirigiría al Cielo tales oraciones... Y siempre se dice: ¡Haría!... ¡Haría!... Y en tanto no se lleva con resignación la cruz que Dios nos manda, no se sigue el camino que nos prescribe, y, lejos de santificarse, se va de mal en peor. Esos vanos deseos son muy á menudo tentaciones del demonio, por cuanto se oponen á la voluntad de Dios; es preciso, pues, combatirlos, y tratar de servir al Señor siguiendo el sendero que nos tiene trazado su providencia. Cumpliendo su voluntad alcanzaremos la santidad, sea cual fuere el estado en que nos haya colocado. No

queramos, pues, nunca otra cosa que lo que Dios quiere; si así obramos, El nos estrechará contra su corazón. A este fin, familiaricémonos con ciertos pasajes de las Sagradas Escrituras que nos llevan á unirnos cada vez más con la voluntad divina, por ejemplo: *Domine, quid me vis facere?* (*Act.*, ix, 6.) ¡Oh Dios mío! Mostradme lo que queréis de mí, y estoy dispuesto á ejecutarlo todo.—*Tuus sum ego, salvum me fac.* (*Ps.*, cxviii, 94.) Yo no me pertenezco, soy todo vuestro ¡oh Señor! Disponed de mí como seáis servido.—Cuando nos encontremos heridos de algún golpe muy grave, como la muerte de nuestros allegados, la pérdida de nuestros bienes ú otras desgracias semejantes, digamos con nuestro divino Salvador: *Ita, Pater! quoniam sic fuit placitum ante te.* (*Mat.*, xi, 26.) ¡Sí, Dios y Padre mío, cúmplase así, puesto que tal es vuestro deseo! Unámonos sobre todo á la oración que Jesucristo nos ha enseñado: *Fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.* El Señor recomendó un día

á Santa Catalina de Génova que se fijara particularmente en estas palabras, cada vez que rezara un *Padrenuestro*, pidiendo á Dios la gracia de cumplir su santa voluntad con la misma perfección que los santos en el Cielo. Sigamos asimismo nosotros esta práctica, y no nos alejaremos de la santificación.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Cuatro palabras del traductor español.....	5
CAPÍTULO I.—Dios amenaza castigarnos para substraernos del castigo.....	11
CAP. II.—Los pecadores no quieren creer en las amenazas de Dios hasta que llega el castigo	23
CAP. III.—Dios usa de misericordia hasta cierto punto y castiga después.....	37
CAP. IV.—Sobre las cuatro principales puertas del Infierno.....	49
CAP. V.—Las prácticas exteriores de devoción son inútiles si no se arroja del alma al pecado.....	66
CAP. VI.—Dios envía castigos en esta vida, no para nuestra ruina, sino para nuestro bien.....	76

	<u>Págs.</u>
CAP. VII.—Dios nos castiga en esta vida para ser misericordioso con nosotros en la otra.....	87
CAP. VIII.—Las oraciones aplacan al Señor y nos libran de las penas que tenemos merecidas, con tal que queramos corregirnos....	98
CAP. IX.—La Santísima Virgen es mediadora entre Dios y el pecador.....	108
Deprecaciones á Jesús y María para alcanzar algunos especiales beneficios.....	119

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO I.—Excelencia de esta virtud.....	125
CAP. II.—Conformidad en todo....	134
CAP. III.—Venturas que proporciona la verdadera conformidad....	141
CAP. IV.—Dios quiere sólo nuestro bien.....	150
CAP. V.—Práctica detallada.....	158

	<u>Págs.</u>
1.— Accidentes ordinarios ó comunes.....	158
2.— Defectos naturales	160
3.— Enfermedades corporales.....	162
4.— Pérdida de personas útiles.....	169
5.— Penas espirituales.....	172
6.— La muerte.....	180
7.— Bienes espirituales.....	185
CAP. VI.— Conclusión.....	188

